



Situación social de la juventud: tensiones y paradojas

INTRODUCCIÓN

La juventud adquiere su especificidad cuando la sociedad le otorga un tiempo prolongado de “moratoria de roles”, es decir, una suspensión temporal de obligaciones que favorece la preparación para enfrentar nuevas situaciones. En otras palabras, el joven no es niño ni adulto, y su principal función es prepararse para construir un hogar propio e insertarse en mercados de trabajo que exigen cada vez mayores conocimientos y destrezas. Esto significa que el tránsito de la infancia a la madurez implica un período en que se producen importantes cambios biológicos, psicológicos, sociales y culturales: “se inicia con la capacidad del individuo para reproducir a la especie humana y termina cuando adquiere la capacidad para reproducir a la sociedad” (Brito, 1997, p. 29).

Según Bourdieu la juventud “no sería más que una palabra”: creación social para definir un período etario que debería cumplir, en nuestra época, con ciertas expectativas, pero que no siempre ha sido tratado como un actor social en sí mismo (Bourdieu, 1990). Lo cierto es que la juventud aparece como un concepto poco claro en la medida que engloba bajo un mismo rótulo a un conjunto social muy heterogéneo. La situación de los jóvenes urbanos y rurales es muy distinta, como también es diferente la situación de los jóvenes de grupos socioeconómicos carenciados respecto de los que viven en hogares de mayores ingresos, de los jóvenes de distintos subgrupos de edad, y los con poca y mucha educación formal, y de las mujeres jóvenes en relación con los hombres jóvenes.

Si en la perspectiva del capitalismo moderno la juventud aparece como un actor que se está preparando para incorporarse al sistema productivo, esa juventud ocupa hoy, al calor de la crisis del empleo y el cambio acelerado de las formas de vida, un lugar más problemático. En efecto, actualmente las perspectivas de integración social de los jóvenes son menos claras. Por una parte, el tránsito de la educación al empleo se vuelve más difuso en la medida en que los mercados laborales no garantizan ocupaciones estables o promisorias para una gran cantidad de jóvenes, con excepción de los más formados, reservando para el resto, sobre todo en América Latina, una profusa pero precaria gama de trabajos informales, con bajos ingresos y ninguna estabilidad. El paso de la dependencia a la autonomía material también se torna difuso, debido tanto a la mayor dificultad de los jóvenes para percibir ingresos (dada la restricción de entrada al empleo), como a la necesidad de permanecer más tiempo en la etapa formativa (y en el hogar del padre, la madre o de ambos) para optar a mejores ocupaciones. Finalmente, el proceso de “relevo valórico”, en que los jóvenes interiorizan las normas y criterios de los adultos, se hace muy confuso o conflictivo, porque el cambio acelerado de los valores y las formas de vida se traduce en el cuestionamiento o rechazo del tradicional rol “ejemplarizante” o disciplinario de los padres ante los jóvenes.

Por consiguiente, el proceso que debería movilizar a los jóvenes desde la fase formativa a la productiva plantea hoy muchas interrogantes. No es casual que la apatía política, la deserción escolar, la crisis normativa o las conductas de riesgo o conflictivas pasen a formar parte del lenguaje con que la sociedad tipifica y define a los jóvenes. Todo esto incide en que la juventud latinoamericana viva hoy, con mayor dramatismo que el resto de la población, una serie de tensiones que expresan sus dificultades de integración social y que se examinan en el presente capítulo.

A. LOS JÓVENES TIENEN MÁS EDUCACIÓN PERO MENOS EMPLEO

Una primera tensión surge del hecho de que la juventud tiene más educación, pero menos empleo. En efecto, los jóvenes de hoy cuentan con más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican su índice de desempleo y perciben menores ingresos con iguales o mayores calificaciones educacionales por desempeñar los mismos empleos. En otras palabras, están más incorporados, respecto de sus mayores, en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital puede realizarse, a saber, el mundo laboral como fuente de ingresos.

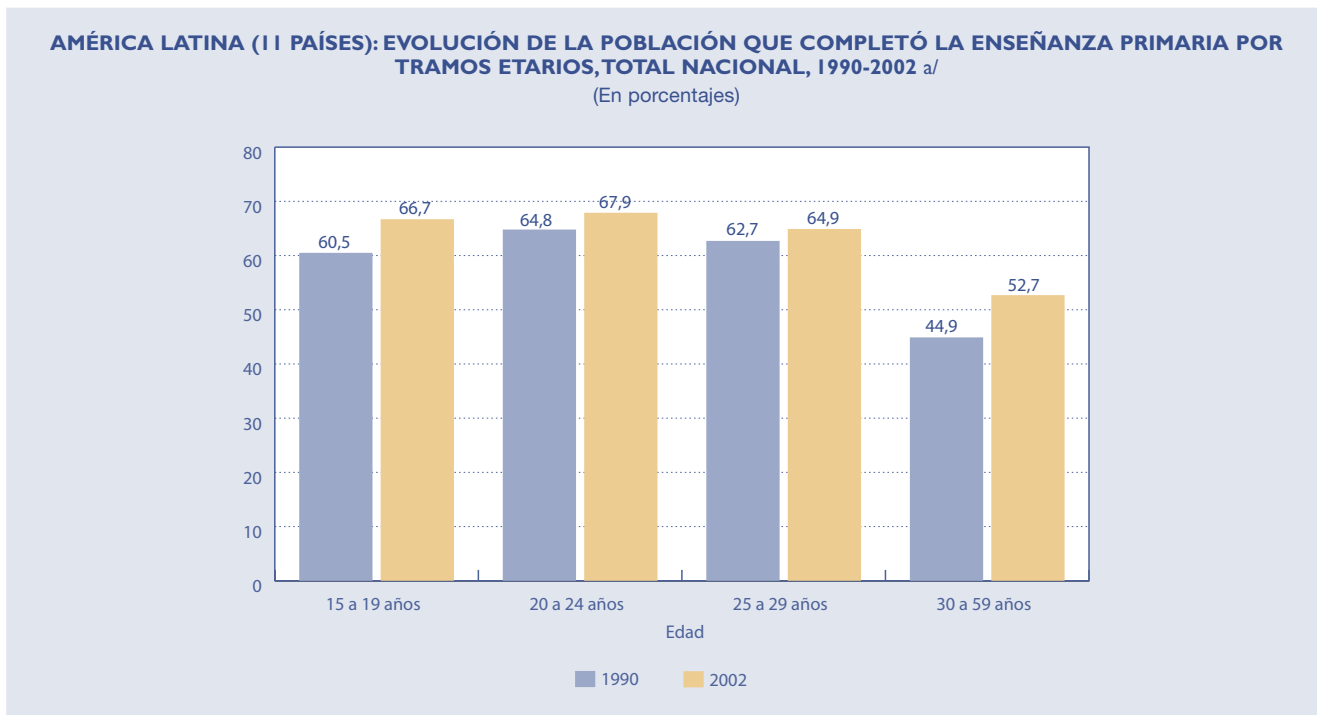
Durante la última década, los países de América Latina han avanzado en todos los niveles de la educación, si bien la situación educacional varía mucho entre ellos. En el caso de los jóvenes de 15 a 29 años, el egreso de primaria aumentó de 62,6% a 66,7% (véase el gráfico III.1). En el nivel secundario, a comienzos de la presente década hay una mejoría significativa con respecto a la anterior en el tramo de 20 a 24 años de edad, en que la tasa de egreso subió de 25,8% a 34,8%. En el segmento de 25 a 29 años, el incremento fue de 27,7% a 32,6% (véase el gráfico III.2). En cuanto a la cobertura de la educación terciaria, entre 1990 y 2002, el porcentaje de los jóvenes de 25 a 29 años

que completó el nivel se extendió de un 4,4% a un 6,5% (véase el gráfico III.3).¹

En la mitad de los países considerados, más del 80% de los jóvenes menores de 30 años han cursado estudios de primaria (la mediana es superior al 80%), lo que contrasta con la situación de los adultos cuya mediana en primaria fue de 70% en el grupo de 30 a 44 años, e inferior al 50% en los mayores de 45 años. Cabe preguntarse, además, qué implicancias tienen estas diferencias en las relaciones entre jóvenes y adultos, sobre todo si uno de los principios de autoridad es la transmisión de conocimientos de padres a hijos.

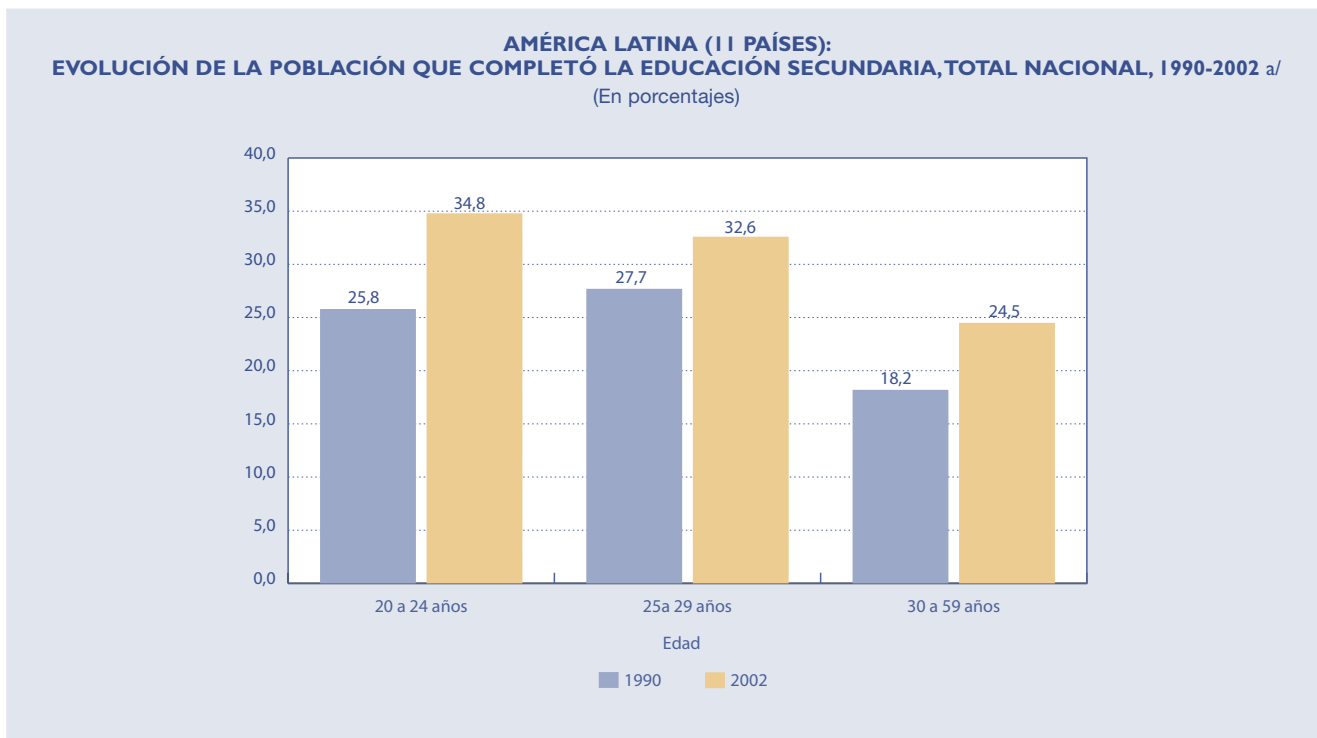
¹ Sin embargo, es necesario avanzar sustancialmente en el acceso a este nivel, dada su creciente importancia para el aumento de la productividad interna, competitividad externa y desarrollo de la sociedad del conocimiento.

Gráfico III.1

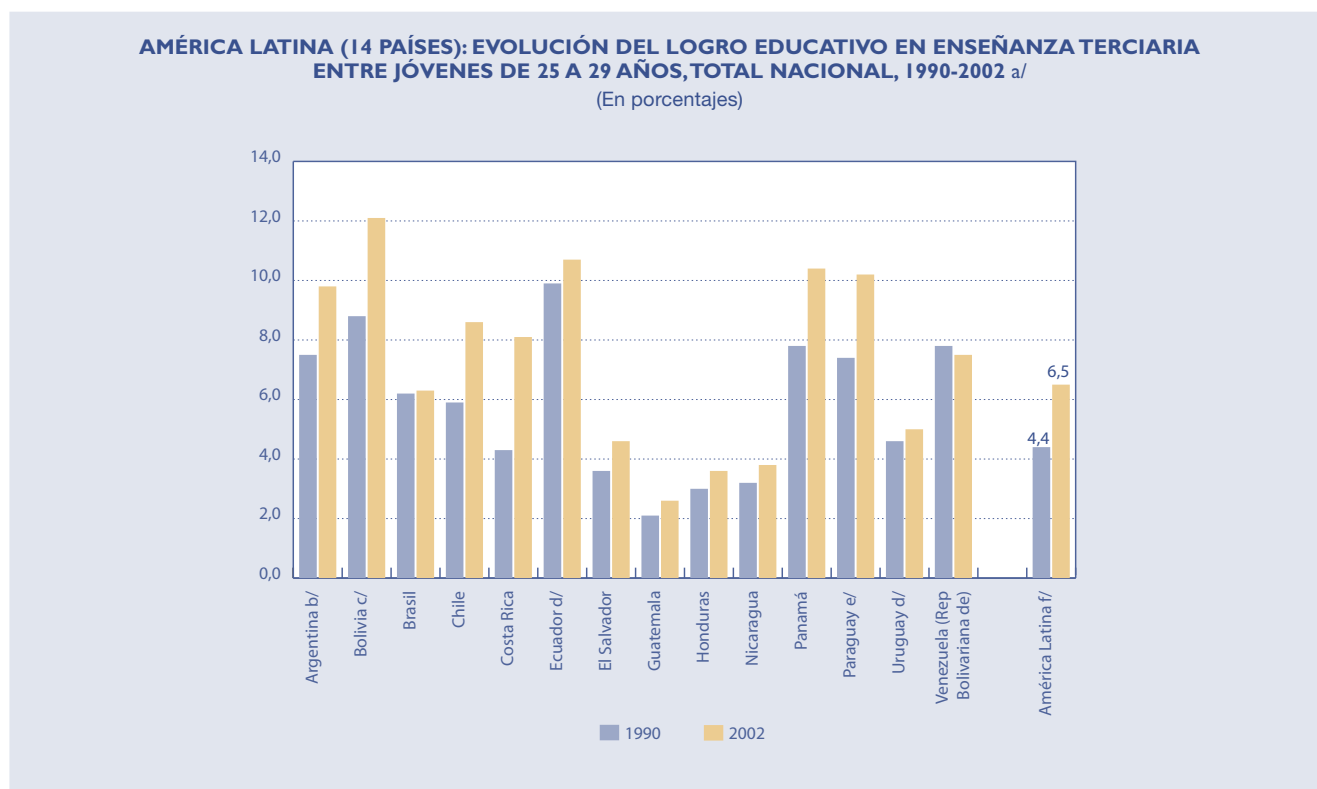


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.
a/ Promedio simple.

Gráfico III.2



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.
a/ Promedio simple.



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Población que completó un ciclo educativo superior de cinco años, con excepción de Brasil, para los cuales se consideraron cuatro años.

b/ Gran Buenos Aires.

c/ Ocho ciudades principales y El Alto.

d/ Total urbano.

e/ Asunción y Departamento Central.

f/ Promedio simple de 11 países.

Si bien el incremento en materia de logros educativos ha conducido a igualarlos entre hombres y mujeres, no ha reducido las disparidades entre jóvenes por grupos de ingresos y localización geográfica. En efecto, pese a la importante expansión educacional registrada en la región, en los últimos 15 años se mantuvieron las acentuadas desigualdades entre las opciones de los jóvenes de diferentes estratos sociales de completar el ciclo secundario. Actualmente, solo alrededor del 20% de los jóvenes, cuyos padres no completaron la educación primaria, logran terminar dicho ciclo; en cambio, ese porcentaje supera el 60% entre los hijos de padres que cursaron al menos 10 años de estudio. Esto se traduce en un alto grado de rigidez de la estructura social, debido a que el escaso nivel de educación alcanzado por muchos jóvenes bloquea su principal canal de movilidad e inclusión social.

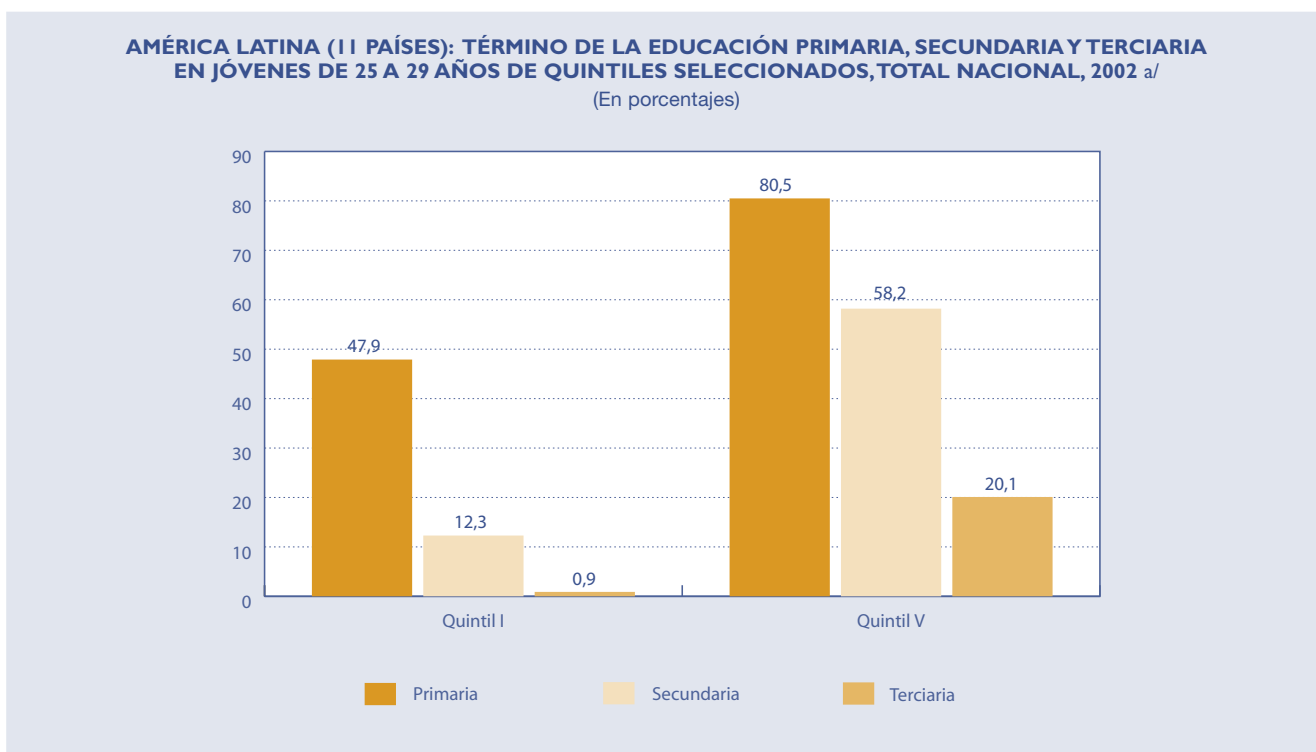
Lo anterior es ratificado por una estrecha relación entre el nivel de ingresos de los hogares y el logro educativo. En el gráfico III.4 se muestran los contrastes en materia de logros de educación primaria, secundaria y terciaria mediante la comparación entre el primero y el quinto quintil de ingreso per cápita de los hogares. En la mitad de los países de la región, más de una cuarta parte de los jóvenes de 25 a 29 años del primer quintil de ingresos no han completado este nivel de estudios. Esta situación es mucho más aguda en secundaria, dado que solo el 12,3% del estrato más pobre de este grupo etario de los países de América Latina alcanza a completar el ciclo.

La dispersión de estas cifras a nivel de países es importante. Mientras el 47,9% de los jóvenes de 25 a 29 años completaban la enseñanza básica en el año 2002, en algunos países de mejores logros generales,

los jóvenes más pobres rebasan la media de América Latina; en tanto que en todos los países los jóvenes de los hogares de altos ingresos superan dicha media (la riqueza es más homogénea que la pobreza en la región). Las excepciones son El Salvador y Guatemala, donde se observa que aun entre los jóvenes del quinto quintil hay escaso logro educacional (menos del 80%) (véase el gráfico III.5). En países como Brasil, El Salvador, Honduras, Nicaragua y la República Bolivariana de Venezuela, los jóvenes pobres se hallan por debajo de la media de logro educativo en enseñanza primaria de los jóvenes de América Latina.

En el caso de la educación secundaria, mientras la media de conclusión de dicho nivel en América Latina es de solo 32,6% en el caso de los jóvenes de 25 a 29 años, la diferenciación por niveles socioeconómicos es aún más marcada. En casi todos los países, con excepción de Chile y México, menos del 30% de los jóvenes del quintil más pobre completan la educación secundaria. Hay países donde incluso esta cifra no alcanza al 10%. Además, durante la década pasada estas diferencias por grupos socioeconómicos se mantuvieron muy rígidas en el caso de la educación primaria y solo registraron una leve mejoría en la secundaria.

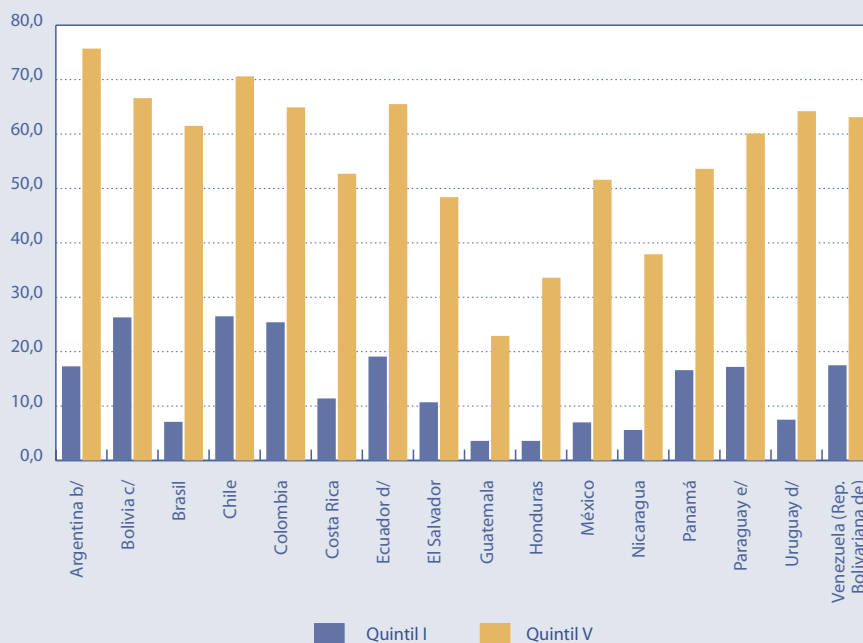
Gráfico III.4



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio simple. Jóvenes pertenecientes al primer y quinto quintil de ingresos per cápita de los hogares.

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): TÉRMINO DE LA EDUCACIÓN PRIMARIA EN QUINTILES SELECCIONADOS, EN JÓVENES DE 25 A 29 AÑOS, TOTAL NACIONAL, 2002 a/
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Jóvenes pertenecientes al primer y quinto quintil de ingresos per cápita de los hogares.

b/ Gran Buenos Aires.

c/ Ocho ciudades principales y El Alto.

d/ Total urbano.

e/ Asunción y Departamento Central.

Más marcadas son las diferencias entre el campo y la ciudad. En educación primaria, se observa que el logro educativo (conclusión del ciclo primario) en las zonas urbanas es considerablemente más alto que en las rurales. Entre los grupos de jóvenes de 15 a 29 años, el logro en primaria en zonas urbanas llega al 86,2% y en zonas rurales solo asciende al 56,6%. Pese a ello, es claro el mejoramiento de esta situación en las últimas décadas, ya que en las zonas rurales solo el 34,9% de la población de más de 30 años ha terminado la enseñanza primaria.

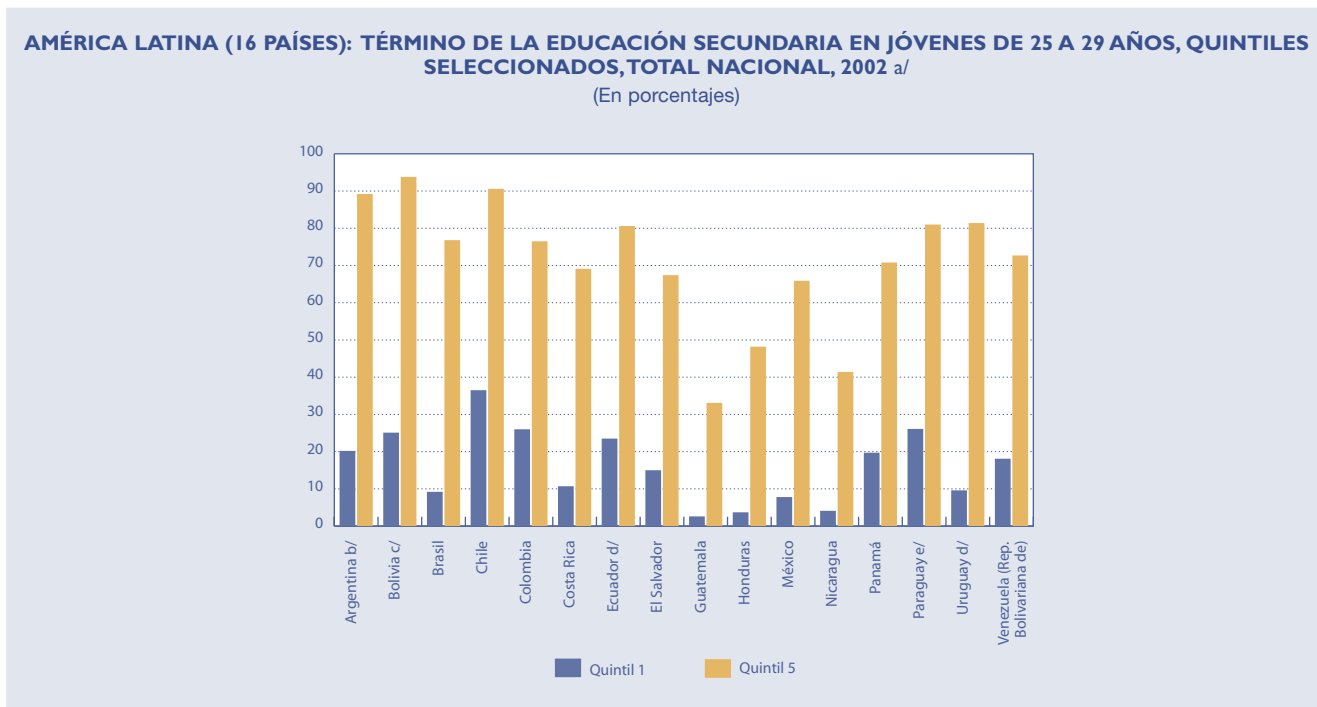
En secundaria persisten las diferencias, con el agravante de que el logro educativo es muy bajo en las zonas rurales, pues apenas supera el 11,8% en los jóvenes y el 8,5% en los mayores de 30 años.

Mientras esta brecha persista, es muy probable que los jóvenes rurales sigan depositando sus expectativas de mayor integración social en la migración a la ciudad.

En síntesis, entre 1990 y 2002 se observa un aumento general del nivel educativo de los jóvenes, que coexiste con la segmentación de logros educacionales por ingresos y localización geográfica.

Con respecto al empleo, en los análisis de la inserción laboral de los jóvenes generalmente se subraya el alto nivel de desempleo y subempleo, y la ostensible precariedad de quienes logran ocuparse, expresada en inestabilidad laboral, bajas remuneraciones y escasa cobertura de la seguridad social, entre otras cosas (Rodríguez y Dabezies (comps.), 1991).

Gráfico III.6



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Jóvenes pertenecientes al primer y quinto quintil de ingresos per cápita de los hogares.

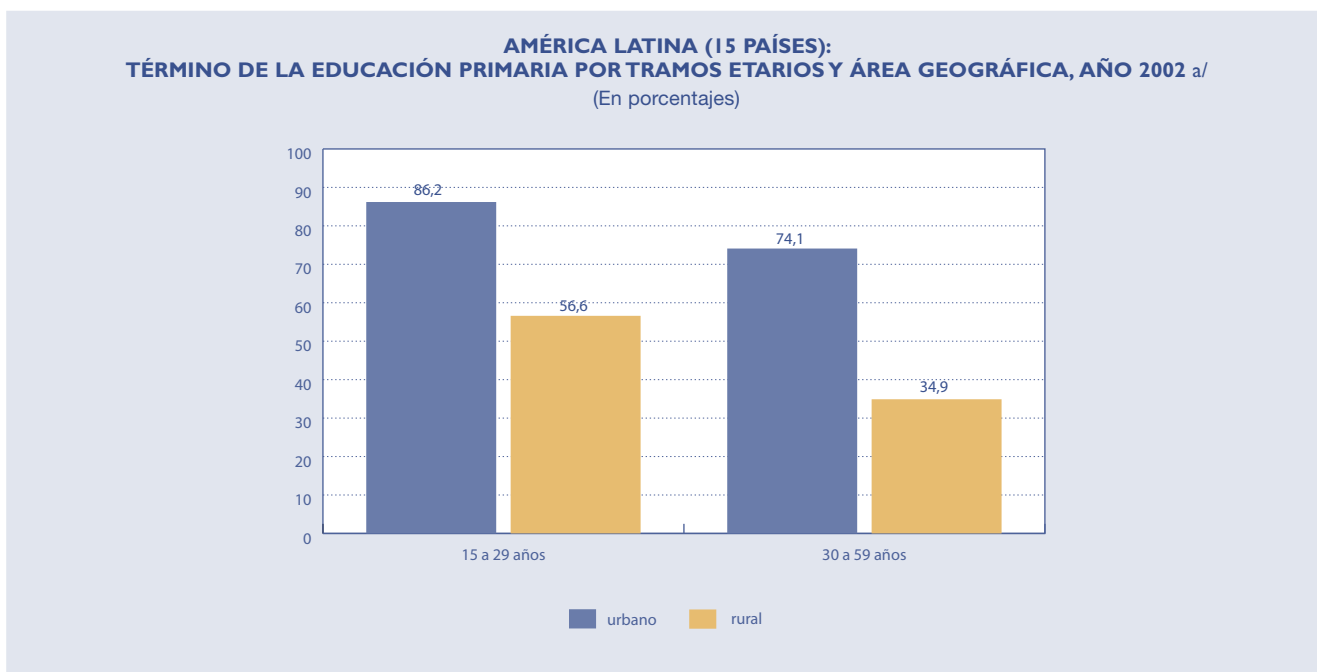
b/ Gran Buenos Aires.

c/ Ocho ciudades principales y El Alto.

d/ Total urbano.

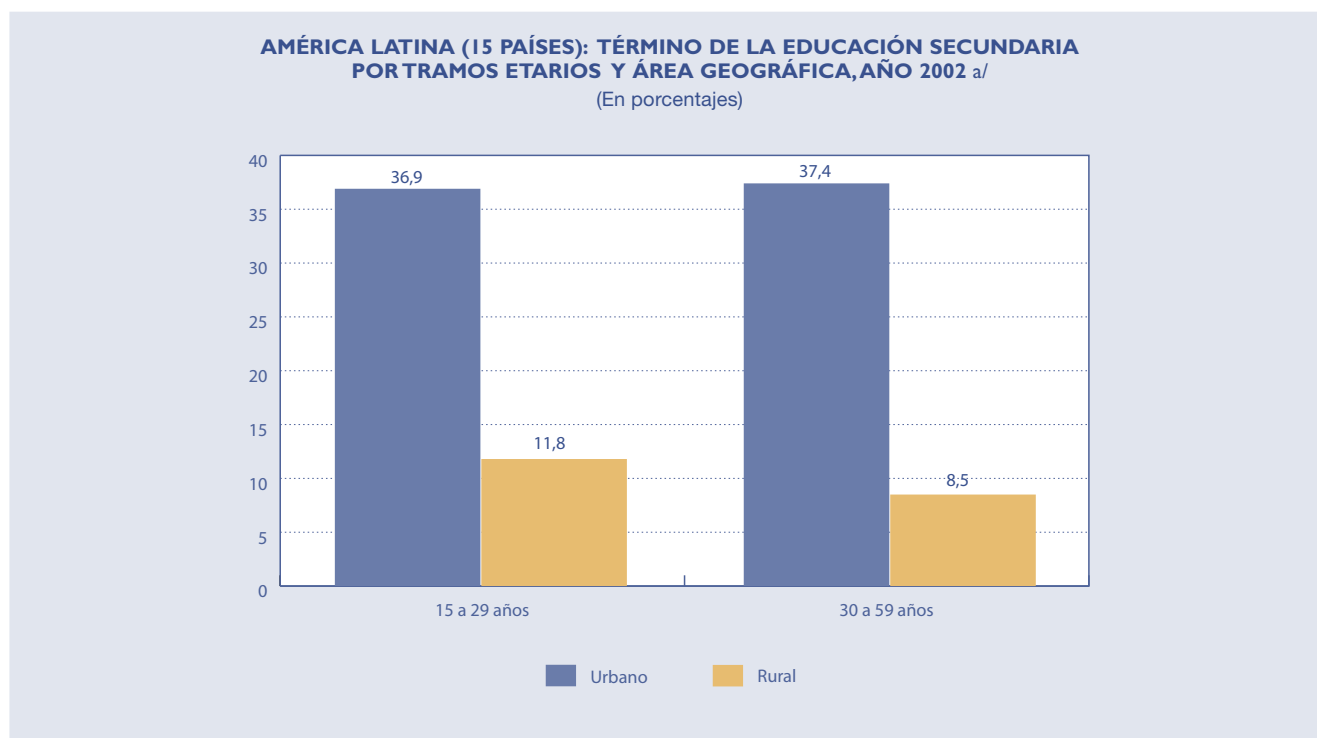
e/ Asunción y Departamento Central.

Gráfico III.7



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio simple de 15 y 10 países, en las zonas urbanas y rurales, respectivamente.



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio simple de 15 y 10 países, en las zonas urbanas y rurales respectivamente.

Al mismo tiempo, en el estudio de los cambios recientes en la demanda laboral se ha hecho hincapié en que existiría un sesgo en favor de la mano de obra más calificada, como consecuencia del cambio tecnológico y la creciente competencia en los mercados, fomentada sobre todo por la apertura comercial. En este contexto, jugarían un papel importante las tecnologías de la información y las comunicaciones (TIC), a las que las nuevas generaciones se adaptarían mejor debido a que crecen con ellas. Otro factor que favorecería a los jóvenes sería su mayor flexibilidad, más acorde con las nuevas pautas de la demanda laboral, mientras muchos adultos aspiran a empleos con estabilidad en virtud de expectativas desarrolladas en el pasado, y en atención a los altos costos de mantener una familia.

Por otra parte, la reestructuración sectorial tendería al menos parcialmente a favorecer el empleo juvenil, ya que en algunas de las actividades que generan un mayor número de empleos existe una elevada participación de jóvenes. Finalmente, tanto

en las actividades que requieren altos niveles de calificación como en aquellas de calificación intermedia hay una considerable presencia de mujeres, lo que facilitaría su mayor inserción laboral, sobre todo de las jóvenes. Dado lo anterior, cabría suponer que los cambios tecnológicos, organizacionales y sectoriales favorecerían a los jóvenes.

Sin embargo, en América Latina, entre inicios de los años noventa y comienzos de la década siguiente, el aumento de la tasa de ocupación se concentró en los adultos, mientras la tasa correspondiente a los jóvenes se mantuvo en el mismo nivel. Esto como resultado de la caída de la tasa de ocupación de los hombres jóvenes y de su incremento en el caso de las mujeres.

A su vez, en el período reciente, el peso de los sectores de baja productividad en la estructura ocupacional registró un aumento generalizado, lo que refleja la debilidad de la demanda laboral de los sectores más productivos en un contexto de bajo

crecimiento económico. Tampoco la situación relativa de los diferentes grupos etarios experimentó

mayores cambios, ya que todos ellos mostraron un deterioro similar (véase el cuadro III.1).

Cuadro III.1

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): PORCENTAJE DE PERSONAS OCUPADAS EN SECTORES DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002
(En promedios simples)

Grupo de edad	Sexo	Año		Variación porcentual
		1990	2002	1990-2002
15 a 19 años	Ambos sexos	63,3	69,1	9,2
	Hombre	59,7	67,3	12,8
	Mujer	68,6	72,0	5,1
20 a 24 años	Ambos sexos	46,8	49,4	5,5
	Hombre	45,3	48,5	6,9
	Mujer	48,6	50,5	4,0
25 a 29 años	Ambos sexos	42,7	45,1	5,7
	Hombre	41,2	43,7	5,9
	Mujer	44,1	46,9	6,2
30 a 64 años	Ambos sexos	48,9	51,7	5,7
	Hombre	45,2	48,2	6,7
	Mujer	54,9	56,6	3,2

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

Donde es más clara la situación desventajosa de los jóvenes es en los niveles de desempleo. Se sabe que la tasa de desempleo de los jóvenes es mayor que la de los adultos, principalmente debido a que entre aquellos se concentran las personas que buscan empleo por primera vez, a los problemas de acceso de estos buscadores y a la mayor rotación entre el empleo y el desempleo o a la mayor inactividad laboral que caracteriza a los jóvenes en comparación con los adultos (Weller, 2003). En América Latina, la tasa de desempleo de los jóvenes duplica ampliamente a la de los adultos (15,7% comparado con 6,7% a inicios de la presente década), y la brecha entre jóvenes y adultos es parecida para hombres y mujeres. En el período reciente el desempleo aumentó en todos los grupos, pero más entre los adultos, de manera que la brecha entre ellos y los jóvenes disminuyó levemente.² Entre los jóvenes, la tasa de desempleo de las

mujeres superó a la de los hombres en casi la mitad, sin que se observaran mayores cambios en el período reciente, como se verá en el próximo acápite.

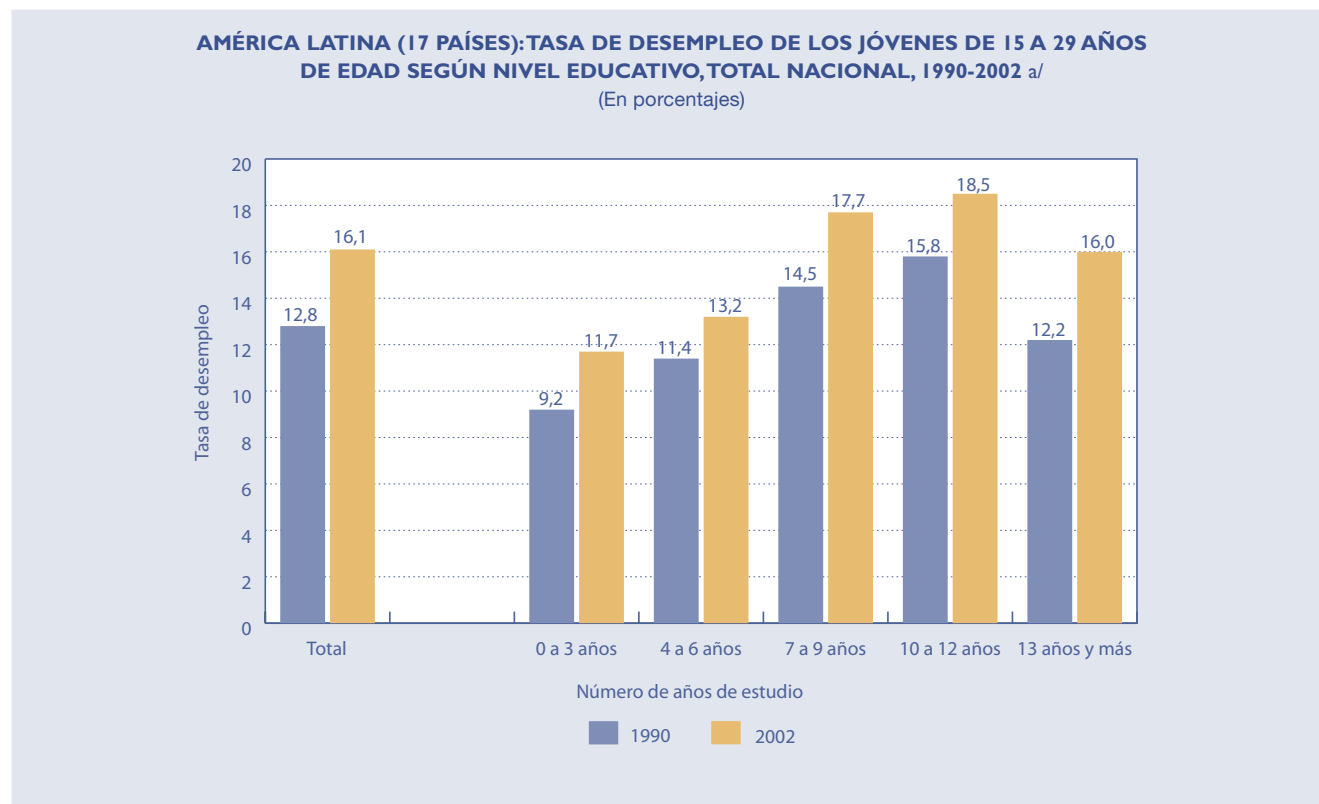
La curva típica del desempleo para diferentes grupos educativos es la “U invertida”, en que los grupos que presentan los niveles más bajos y los niveles más altos de educación tienen menores tasas de desempleo que aquellos con niveles intermedios de educación (véase el gráfico III.9). La explicación consistiría en que los jóvenes con menores niveles educativos generalmente no disponen de muchas alternativas laborales y, por lo tanto, tampoco abrigan mayores expectativas más allá de ciertas ocupaciones de baja productividad y bajos ingresos, mientras que sí tienen urgente necesidad de generar ingresos laborales a causa de su contexto familiar. En el otro extremo, la mejor educación facilita el acceso al em-

² Para el grupo de 17 países con datos comparables respecto del período reciente, el desempleo aumentó de 12,8% a 16,1% en los jóvenes, y de 4,8% a 7,0% en los adultos, con lo que la tasa de los jóvenes superaba a la de los adultos en 170% a inicios de los años noventa, y en 130% diez años después.

pleo, mientras que los jóvenes con niveles educativos intermedios —de 7 a 9 años y de 10 a 12 años de educación formal— suelen esperar que sus esfuerzos de estudio les permitan el acceso a mejores empleos.

Esto, en circunstancias de que el nivel educativo general ha aumentado, lo que intensifica la competencia por los puestos de trabajo disponibles.

Gráfico III.9



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio simple de 15 y 10 países, en las zonas urbanas y rurales, respectivamente.

Por cierto, existen claras desigualdades entre jóvenes de distintos grupos. Hacia el año 2002, el desempleo en el quinto quintil era, como promedio regional, del 8,7%, y entre los jóvenes del primer quintil subía a 28,1% (véase el gráfico III.10). De manera que si, por una parte, salta a la vista que los jóvenes tienen más educación pero menos empleo que los adultos, también es evidente que entre ellos se produce una fuerte segmentación en la relación entre ingresos familiares y opciones laborales, en claro detrimento de los jóvenes de menores ingresos. Con ello se refuerza, respecto de los jóvenes de bajos ingresos, la idea de que están condenados a reproducir la pobreza de una generación a la siguiente.

Como era de esperar, hay una clara correlación positiva entre el peso de los sectores de baja productividad en el empleo juvenil y el nivel de ingresos del hogar. Esta correlación se reforzó en el período reciente, ya que el quintil más alto fue el único donde la proporción de los sectores de baja productividad cayó entre los jóvenes, con lo que la brecha entre el primero y el último quintil se amplió a 32 puntos porcentuales. Aparentemente, fueron los jóvenes de los hogares más acomodados quienes se beneficiaron de los procesos de modernización de parte de la estructura productiva y de empleo ocurridos en América Latina durante los años noventa (véase el gráfico III.11).

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASA DE DESEMPLEO ENTRE LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD SEGÚN QUINTILES SELECCIONADOS, TOTAL NACIONAL, 1990-2002 a/ b/
(En porcentajes)

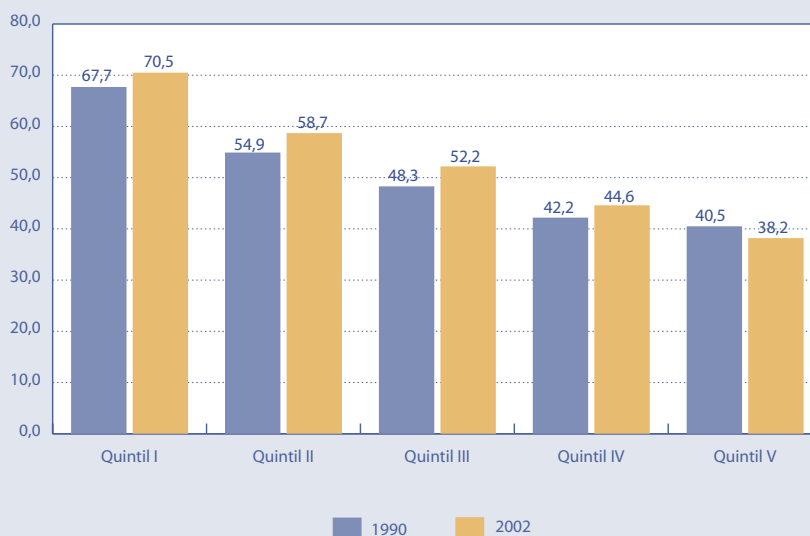


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

a/ Promedio simple.

b/ Jóvenes pertenecientes al primer y quinto quintil de ingresos per cápita de los hogares.

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): PORCENTAJE DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD EN EMPLEOS DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN QUINTILES SELECCIONADOS, 1990-2002 a/ b/
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares.

a/ Promedio simple.

b/ Jóvenes pertenecientes al primer y quinto quintil de ingresos per cápita de los hogares.

Finalmente, y en contrapartida con lo anterior, la brecha salarial entre jóvenes y adultos ha tendido a crecer con el nivel educacional. Esto se debe en parte a que la experiencia, considerada como el segundo elemento importante de la definición de los salarios relativos, ocupa un papel más relevante en el caso de la mano de obra calificada, que ofrece mayor espacio para el desarrollo de habilidades adicionales que las ocupaciones más sencillas. En este contexto, sorprende que en el período reciente las brechas salariales entre jóvenes y adultos tendieran a reducirse en el caso de los niveles educativos bajo y medio, mientras que se ensancharon en el nivel educativo más alto, como se puede observar tanto en el caso de los hombres como de las mujeres jóvenes. Esta constatación llama la atención, porque

contradice la hipótesis ampliamente compartida de que los profundos cambios tecnológicos recientes han dado ventajas competitivas a muchos jóvenes que tienen habilidades en estos nuevos campos, las que son más difíciles de adquirir para los adultos formados en el contexto de otros paradigmas tecnológicos, hoy en día parcialmente obsoletos.

En síntesis, si bien existe dentro de la población joven una alta heterogeneidad en la relación educación-empleo por sexo, nivel de ingresos del hogar y localización geográfica, también se da, en términos agregados, la paradoja entre mayor nivel educacional y menor acceso a empleo que los adultos. Esto se observa tanto respecto del nivel de desempleo como de la retribución salarial.

B. LAS MUJERES JÓVENES TIENEN MÁS EDUCACIÓN QUE LOS HOMBRES JÓVENES, PERO MENOS ACCESO AL EMPLEO Y EN PEORES CONDICIONES

Una segunda paradoja es que si bien las mujeres jóvenes han alcanzado mayores logros educativos que sus pares hombres en prácticamente todos los niveles (primaria, secundaria, terciaria) y aumentado su participación en el mercado de trabajo, tienen mayores dificultades para encontrar empleos. Además, sus retribuciones salariales son menores respecto de los hombres jóvenes, especialmente en lo que atañe a su experiencia laboral. A ello se agrega la persistencia de los roles familiares femeninos y, por ende, la asignación de las actividades de reproducción doméstica, lo que representa una asincronía en relación con sus actuales capacidades productivas, dificulta su ejercicio y promueve inserciones laborales más precarias.

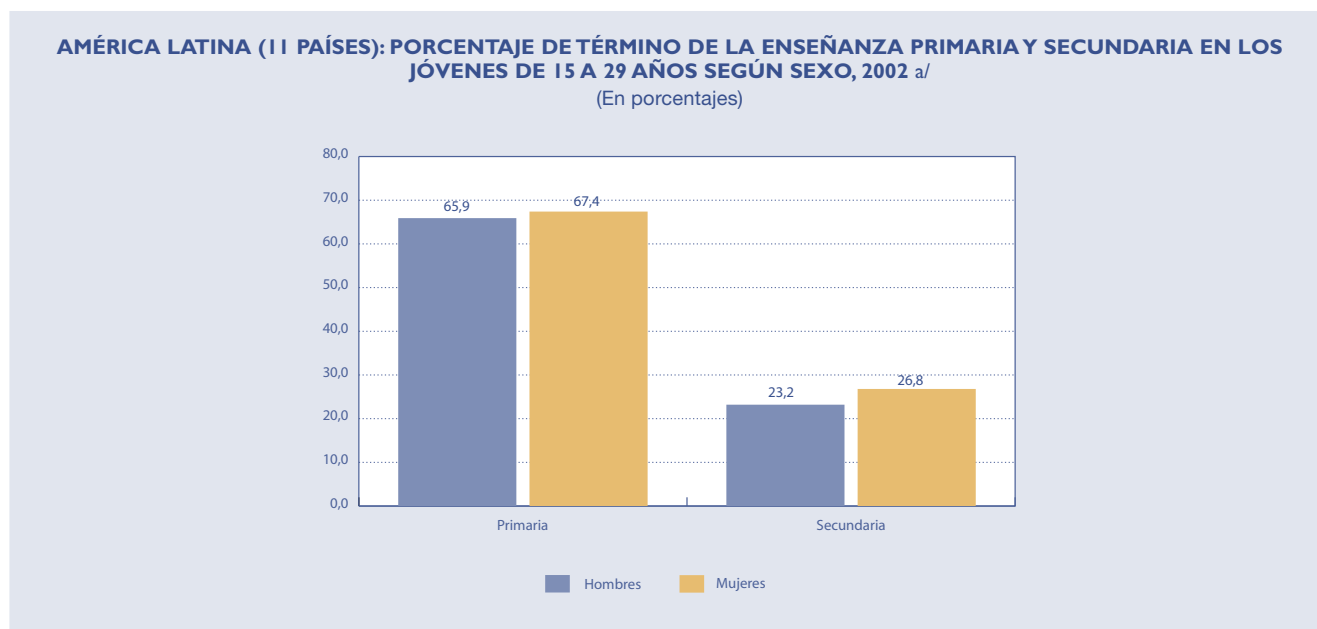
Salvo en poblaciones específicas en zonas rurales, la tendencia es que las mujeres superen a los hombres en logros educativos por nivel, tanto primario como secundario (véase el gráfico III.12). En el caso de la educación terciaria, aunque varía la relación por sexo, se observa una tendencia ascendente de las mujeres, que hace que estas superen los logros de los hombres en muchos países latinoamericanos (véase el gráfico III.13).

Sin embargo, en el ámbito del empleo no se produce la misma correlación. Por una parte, y gracias al persistente incremento de la tasa de participación femenina juvenil en el mercado de trabajo, cabe reconocer que durante la década pasada aumentó cla-

ramente la tasa de ocupación femenina en relación con su contraparte masculina en casi todos los niveles de educación de la población económicamente activa juvenil.³ Con excepción de aquellos niveles con 13 años y más de educación formal, donde se mantuvieron invariables tanto la tasa de ocupación masculina como femenina (en torno al 60,2% y 51,5% respectivamente entre 1990 y 2002), en los niveles educativos inferiores a 13 años la tasa femenina tendió a aumentar y la masculina disminuyó ostensiblemente (véase el cuadro III.2). Esto deja ver que la dinámica se mantiene rígida en el caso de las mujeres con mayor educación en lo relativo a sus opciones de ocuparse productivamente.

3 Un análisis más exhaustivo de este tema puede encontrarse en CEPAL/OIJ (2004).

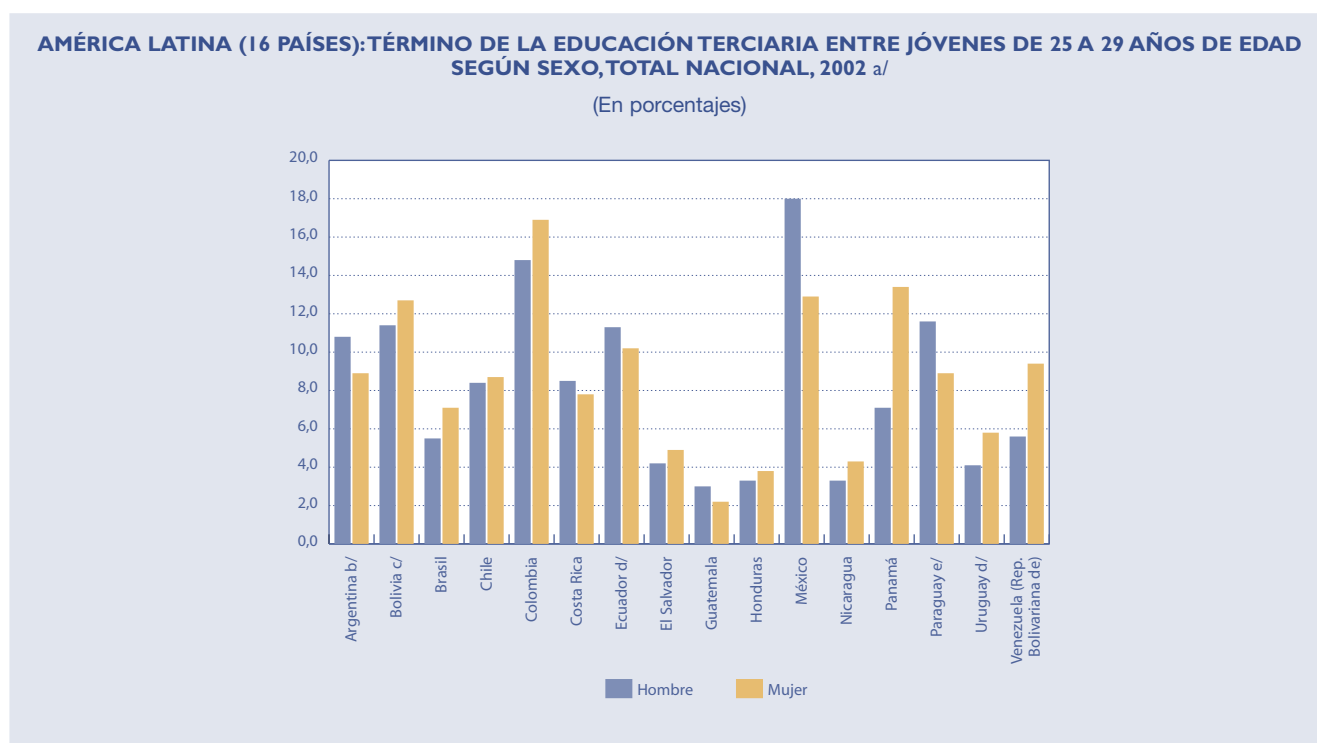
Gráfico III.12



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio simple.

Gráfico III.13



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Población que completó un ciclo educativo superior de cinco años, con excepción de Brasil, para los cuales se consideraron cuatro años.

b/ Gran Buenos Aires.

c/ Ocho ciudades principales y El Alto.

d/ Total urbano.

e/ Asunción y Departamento Central.

AMÉRICA LATINA (17 PAÍSES): TASA DE OCUPACIÓN DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 29 AÑOS DE EDAD SEGÚN NIVEL EDUCACIONAL Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002 a/
(En porcentajes y tasas de variación)

Número de años de estudio	Año						Variación porcentual		
	1990			2002			1990-2002		
	Ambos sexos	Hombre	Mujer	Ambos sexos	Hombre	Mujer	Ambos sexos	Hombre	Mujer
0 a 3 años	52,6	76,5	29,4	54,4	76,2	30,5	3,5	-0,3	3,5
4 a 6 años	55,9	77,2	34,4	56,8	76,8	35,1	1,6	-0,6	1,9
7 a 9 años	41,5	56,4	27,1	42,5	55,8	28,5	2,5	-0,9	5,2
10 a 12 años	48,2	59,9	38,2	47,5	57,8	38,4	-1,5	-3,4	0,5
13 y más años	55,6	60,2	51,6	55,4	60,2	51,5	-0,3	0,1	-0,3
Total	49,5	66,6	33,5	50,4	64,7	36,4	1,8	-2,9	8,7

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

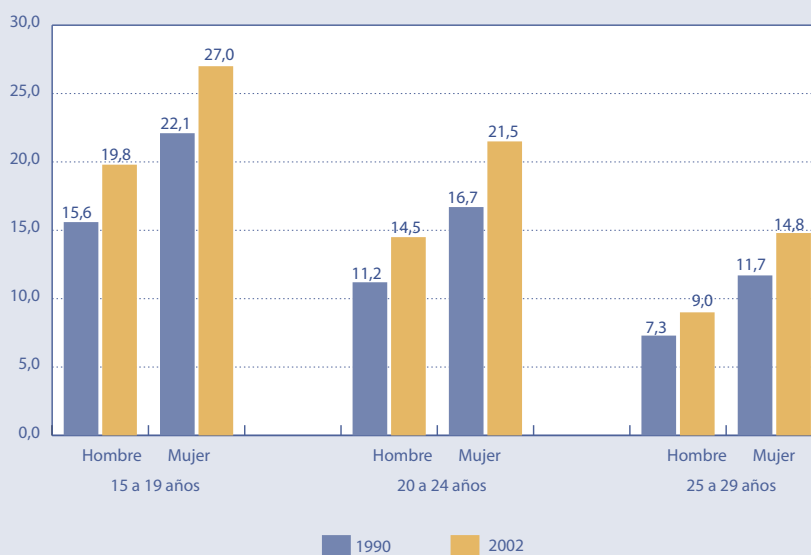
a/ Promedio simple.

Empero, junto con el aumento de la tasa de ocupación de las mujeres, se ha registrado un importante incremento de la desocupación juvenil de estas, y el desempleo femenino rebasa al masculino tanto entre jóvenes como en adultos. Esto contrasta con lo sucedido respecto del aumento general del desempleo, que al afectar mayormente a la población adul-

ta permitió reducir las brechas de desempleo entre esta y la población juvenil. Pese a ello, en el caso de las mujeres jóvenes, la tasa de desocupación se elevó a mayor velocidad que entre los hombres jóvenes, acrecentando aún más la brecha de desocupación, como se aprecia en el gráfico III.14.

Gráfico III.14

AMÉRICA LATINA (16 PAÍSES): TASAS DE DESEMPLEO POR GRUPO DE EDAD Y SEXO, TOTAL NACIONAL, 1990-2002 a/
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

a/ Promedio simple.

Por otra parte, junto con la existencia de una marcada brecha entre los ingresos de los jóvenes y de los adultos, en el período reciente los ingresos de las jóvenes con respecto a las mujeres adultas cayeron pronunciadamente (en oposición a lo ocurrido en el caso de los hombres y en el total de ambos sexos). Esto puede deberse al importante aumento de la inserción laboral de las mujeres jóvenes, vale decir, a una depreciación relativa del costo de la mano de obra juvenil femenina por un brusco aumento de su oferta; o bien, puesto que la inserción laboral de las mujeres adultas creció aún más, a un mayor premio a la experiencia laboral de estas últimas, a su mayor continuidad en los mercados laborales o a la reducción de la discriminación salarial por sexo.

Existen importantes brechas de ingresos entre hombres y mujeres jóvenes, tanto en su conjunto como respecto de grupos educativos específicos. Esta brecha se ensancha a medida que aumenta la edad, ya que, en general, en el año 2002, el ingreso de las mujeres alcanza al 87% del ingreso promedio en el grupo de 15 a 19 años, al 81% en el grupo de 20 a 24 años y al 76% en el grupo de 25 a 29 años. Por lo tanto, se observa nuevamente cómo la mayor experiencia, en el caso de las mujeres, no se premia en la misma magnitud que en el caso de los hombres.

Una observación interesante es que, mientras la literatura (por ejemplo, CEPAL, 2001) muestra que la brecha de ingresos entre hombres y mujeres en general es mayor en los niveles educativos altos que en los bajos e intermedios, no ocurre lo mismo en el caso de los jóvenes. En efecto, la brecha de ingresos para las jóvenes con más alto nivel de educación con respecto a los otros grupos educativos, es la más baja en los tres subgrupos etarios juveniles. Esto podría significar que los ingresos relativos de este grupo de mujeres sufren el mayor retroceso posterior, cuando los hombres de alto nivel educativo perciben elevados premios por su experiencia, mientras que los premios a la experiencia de las mujeres, debido a la interrupción de su carrera (maternidad) y la discriminación salarial, crecerían en menor magnitud.

Se puede plantear también, alternativa o complementariamente, la hipótesis de que existe una tendencia de menor discriminación respecto de las mujeres jóvenes más educadas, quienes crecientemente lograrían defender sus derechos a un pago igual al de los hombres de similar capacidad. Esta última hipótesis se vería confirmada por el hecho de que las jóvenes de mejor nivel educativo, de 20 a 29 años, pudieron reducir la brecha de ingreso en relación con sus pares masculinos, mientras la pauta predominante entre los otros grupos educativos fue, por el contrario, una ampliación de las brechas, lo que indicaría que no se da ninguna tendencia generalizada de menor discriminación.

La información disponible para América Latina en 2002, en relación con las actividades económicas de los jóvenes y su repercusión en el ámbito del hogar, señala que la mayor diferencia por sexo entre los jóvenes se refiere a los quehaceres domésticos. Alrededor de un cuarto de las jóvenes de 15 a 29 años se dedican a quehaceres domésticos (25,6%), en tanto que en los hombres esa proporción no llega al 2%. Así, un grupo importante de mujeres jóvenes realizan trabajo doméstico, esencial para el funcionamiento de sus hogares, sean propios o de sus familias de origen. Ese trabajo –efectuado dentro de la familia– limita las posibilidades laborales de las jóvenes, ya que en comparación con los jóvenes, una proporción menor de mujeres del mismo grupo etario trabaja y estudia o solo trabaja.

Asimismo, hay que destacar que en un período muy breve, de 1999 a 2002, el porcentaje de mujeres jóvenes dedicadas exclusivamente a quehaceres domésticos bajó considerablemente (véase el cuadro III.3). En síntesis, si por una parte hay mayor inclusión laboral y educacional de las mujeres, por otra, se mantiene cierta rigidez en la distribución del trabajo doméstico. Esto sugiere una asincronía, en que el rol de la mujer cambia más rápido respecto de su acceso a conocimientos y capital humano que respecto de sus roles familiares y productivos.

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ACTIVIDAD DEL TOTAL DE JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS Y DE LOS JÓVENES JEFES DE HOGAR, SEGÚN SEXO, TOTAL NACIONAL, 1999-2002 a/
(En porcentajes)

		Actividad					Total
		Trabaja y estudia	Solo trabaja	Solo estudia	No estudia ni trabaja	Quehaceres domésticos	
Total	1999	40,2	7,7	22,8	11,7	17,6	100
	2002	40,5	9,3	23,2	13,2	13,8	100
Hombres	1999	53,8	9,2	21,6	12,1	3,3	100
	2002	52,7	10,9	22,2	12,3	1,9	100
Mujeres	1999	27,0	6,3	24,1	11,3	31,4	100
	2002	28,3	7,8	24,3	14,1	25,6	100
Total jefes	1999	78,4	5,7	3,7	5,3	6,9	100
	2002	79,7	6,6	3,6	6,6	3,5	100
Jefes hombres	1999	84,4	5,1	2,5	4,5	3,6	100
	2002	85,9	5,9	2,2	5,6	0,3	100
Jefas	1999	51,2	8,3	9,0	9,1	22,5	100
	2002	53,5	9,4	9,3	10,9	16,9	100

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogar de los respectivos países.

a/ Promedio simple.

C. LOS JÓVENES TIENEN MEJOR SALUD QUE EL RESTO DE LOS GRUPOS ETARIOS, AUNQUE ESTÁN MENOS ATENDIDOS EN SU MORBIMORTALIDAD ESPECÍFICA

Durante los últimos 50 años, la mortalidad juvenil ha descendido sensiblemente en concordancia con el avance de la ciencia médica y la ampliación de los servicios básicos y sanitarios, y actualmente en la región se sitúa en 134 por cada 100.000 habitantes. Hoy en día las causas externas son el primer motivo de muerte juvenil, destacándose en particular los homicidios, que afectan principalmente a los varones. Sin embargo, como este tipo de causas no corresponden a una morfología reconocida como problema de salud, no son consideradas en el ámbito de la política preventiva de salud hacia la juventud, de manera que los jóvenes no encuentran una respuesta institucional en relación con sus riesgos específicos.

Es sabido que en el ciclo de la juventud son muy bajas las probabilidades de enfermar gravemente o morir por causas endógenas. Actualmente, la tasa de mortalidad para los jóvenes latinoamericanos de 15 a 24 años de edad, calculada en 134 por cada 100.000, representa en promedio poco más de la mitad de la del grupo de 25 a 44 años de edad (véase el cuadro III.4). Además, la mortalidad entre los jóvenes de la región ha descendido notablemente en los últimos 50 años, en concomitancia con la baja generalizada de la mortalidad. A ello contribuyen el avance de la ciencia médica, la ampliación de la cobertura de servicios básicos y sanitarios, y el incremento de la capacidad individual para prevenir y enfrentar las enfermedades (CEPAL, 2000c).

Las cifras de evolución de la probabilidad de morir de la población entre 10 y 29 años de edad su-

gieren una situación de relativa seguridad vital durante la juventud en América Latina. Las bajas tasas de mortalidad juvenil tienen un sustrato fisiológico poderoso, pues en aquella etapa es poco probable desarrollar patologías endógenas graves y el organismo está apto para responder a agentes microbianos exógenos. Esto quiere decir que prácticamente toda la mortalidad que se produce es evitable.

Por consiguiente, la proporción de jóvenes que mueren por causas externas es mucho mayor, y en algunos países la violencia eleva sustancialmente la mortalidad juvenil. En Colombia, la proporción de defunciones de jóvenes de ambos sexos es muy cercana a la de los adultos de 25 a 44 años, mientras en el resto de los países la brecha de mortalidad entre jóvenes y este grupo de adultos es mayor; esto se explica por la alta mortalidad de los jóvenes varones debido a la violencia y el conflicto armado que afec-

ta a amplias zonas del país. También en Brasil, El Salvador y la República Bolivariana de Venezuela el registro de mortalidad juvenil sobrepasa los 150 por

cada 100.000 habitantes, en buena medida debido a la influencia de causas externas de muerte.

Cuadro III.4

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): TASAS GLOBALES DE MORTALIDAD POR GRUPO DE EDAD Y SEXO, ALREDEDOR DEL 2000

(Tasas estimadas por cada 100.000 habitantes)

País	Población juvenil de 15 a 24 años			Población adulta de 25 a 44 años			Población adulta de 25 años y más		
	Ambos sexos	Femenino	Masculino	Ambos sexos	Femenino	Masculino	Ambos sexos	Femenino	Masculino
Argentina (1997)	73	48	97	169	124	216	1 320	1 163	1 494
Brasil (1998)	153	76	230	321	188	458	1 080	889	1 284
Chile (1999)	74	36	111	156	93	218	935	858	1 018
Colombia (1998)	212	83	338	285	146	433	908	776	1 051
Costa Rica (2001)	66	34	97	128	78	176	691	612	771
Ecuador (2000)	119	97	141	239	181	298	851	757	948
El Salvador (1999)	164	122	206	348	250	458	1 047	914	1 198
México (2000)	101	53	149	210	120	306	793	674	923
Nicaragua (2000)	148	100	197	283	203	367	788	701	883
Panamá (2000)	87	53	119	155	114	196	815	704	928
Perú (2000)	112	78	145	228	178	280	903	811	1 002
República Dominicana (1998)	104	82	125	210	173	245	787	697	874
Uruguay (2000)	85	44	124	154	107	202	1 464	1 284	1 670
Venezuela (Rep. Bolivariana de) (2000)	171	59	280	230	120	339	748	612	887
América Latina y el Caribe a/	134	68	198	259	155	365	977	830	1 135

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud de las Américas. Edición 2003" [en línea].

a/ Aunque la OPS tiene información sobre más países de la región, se consideraron solo 14 de ellos cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

Las causas externas constituyen sin lugar a dudas la primera causa de muerte, por importancia numérica y proyectiva, entre los jóvenes de ambos sexos en la región, aunque con peso relativo para los varones, ya que de 100 fallecimientos masculinos, 77 son atribuibles a causas violentas. En tanto, entre las mujeres, 38 de cada 100 defunciones responden a estas causas violentas, y 62 a causas mórbidas, si bien en la región no se detecta un perfil único en causas prevalentes de mortalidad. En países como

Brasil, Colombia, El Salvador, Nicaragua y la República Bolivariana de Venezuela, la mortalidad por causas externas rebasa la media latinoamericana, y además representa entre el 71% y el 90% de las causas de muerte en los varones jóvenes (véase el cuadro III.5). En Colombia, el 62,5% de los hombres de 15 a 24 años fallecidos mueren asesinados, cifra que asciende al 38,3% en la República Bolivariana de Venezuela, al 46,1% en El Salvador y al 42,0% en Brasil.

Cuadro III.5

AMÉRICA LATINA (14 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN PORCENTUAL DE LA MORTALIDAD POR CAUSAS ENTRE JÓVENES DE 15 A 24 AÑOS, SEGÚN SEXO, ALREDEDOR DEL 2000

(En porcentajes respecto del total de defunciones)

País	Sexo	Todas las causas a/	Enfermedades transmisibles		Enfermedades genético-degenerativas		Otras de causas internas	Causas externas		
			Todas las transmisibles b/	VIH-SIDA	Tumores c/	Sistema circulatorio d/	Embarazo, parto y puerperio	Todas las causas externas e/	Homicidios	Suicidios
Argentina (1997)	Fem.	100,0	12,8	4,0	13,2	8,8	4,8	41,0	2,7	6,9
	Masc.	100,0	6,9	3,2	7,0	5,3	-	72,0	10,2	6,5
Brasil (1998)	Fem.	100,0	14,6	3,7	8,9	10,6	7,9	37,7	11,2	3,7
	Masc.	100,0	6,4	1,9	4,0	4,4	-	78,3	42,0	3,1
Chile (1999)	Fem.	100,0	9,1	0,5	18,4	5,5	3,3	39,8	1,9	8,0
	Masc.	100,0	4,2	1,4	9,6	2,1	-	73,6	6,9	11,3
Colombia (1998)	Fem.	100,0	9,1	1,4	8,2	7,4	10,0	51,1	20,9	9,5
	Masc.	100,0	3,0	0,8	3,0	2,1	-	89,5	62,5	4,2
Costa Rica (2001)	Fem.	100,0	5,5	0,0	20,6	9,9	3,2	28,8	9,3	7,0
	Masc.	100,0	2,4	0,5	9,7	3,2	-	73,0	12,7	8,5
Ecuador (2000)	Fem.	100,0	16,9	0,6	9,8	11,1	8,7	30,0	4,8	7,7
	Masc.	100,0	11,8	1,5	4,9	7,6	-	64,6	24,8	5,8
El Salvador (1999)	Fem.	100,0	10,9	1,6	8,3	8,9	2,1	43,5	10,6	20,0
	Masc.	100,0	7,7	2,4	2,7	3,3	-	75,5	46,1	7,1
México (2000)	Fem.	100,0	10,0	1,9	12,1	7,2	8,9	31,9	5,8	4,7
	Masc.	100,0	6,2	2,5	7,2	3,6	-	69,5	18,1	7,0
Nicaragua (2000)	Fem.	100,0	11,5	1,1	6,6	5,6	12,8	41,4	5,5	22,9
	Masc.	100,0	5,6	0,5	7,6	3,6	-	71,2	17,9	16,8
Panamá (2000)	Fem.	100,0	24,0	12,0	12,0	1,7	8,8	29,8	2,8	5,6
	Masc.	100,0	10,0	5,8	5,7	2,1	-	69,8	26,8	6,6
Perú (2000)	Fem.	100,0	21,5	2,1	9,4	8,1	6,4	28,8	1,2	3,3
	Masc.	100,0	18,8	3,8	9,6	5,8	-	45,6	3,2	1,9
República Dominicana (1998)	Fem.	100,0	25,7	14,9	7,3	12,8	6,6	27,4	3,8	2,6
	Masc.	100,0	10,7	3,1	3,1	7,0	-	69,7	17,0	2,1
Uruguay (2000)	Fem.	100,0	7,2	3,2	15,6	10,4	12,2	42,5	7,2	11,5
	Masc.	100,0	5,4	2,0	6,8	3,4	-	73,9	9,8	19,0
Venezuela (Rep. Bolivariana de) (2000)	Fem.	100,0	8,5	1,5	11,3	8,2	7,8	43,5	10,1	4,4
	Masc.	100,0	3,3	1,4	3,3	2,0	-	85,8	38,3	3,9
América Latina y el Caribe (14 países) f/	Fem.	100,0	13,3	2,9	9,9	9,1	7,9	37,6	9,4	5,7
	Masc.	100,0	6,3	1,9	4,9	3,8	-	76,8	36,3	4,6

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de datos de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), "Estadísticas de Salud de las Américas. Edición 2003" [en línea].

a/ La suma de las enfermedades y grupos de enfermedades no coincide con el 100% de las defunciones, ya que no se incluyeron algunas menos significativas para este grupo de edad, como enfermedades del sistema nervioso y del sistema digestivo entre otras.

b/ Incluye enfermedades infecciosas intestinales, tuberculosis, septicemia (excepto neonatal), meningitis, síndrome del VIH/SIDA e infecciones respiratorias agudas.

c/ Incluye neoplasias malignas de estómago, colon, recto y ano; de la tráquea, bronquios y pulmones; de seno, útero y placenta en mujeres, y de próstata en varones; sistema hematopoyético y linfático.

d/ Incluye enfermedad hipertensiva e isquémica del corazón, de circulación pulmonar y otras cardíacas.

e/ Incluye, además de las especificadas, eventos de intención no determinada, ahogamientos y accidentes que obstruyen la respiración, entre otras causas de muerte violenta.

f/ Aunque la OPS tiene información de más países de la región, se consideraron sólo 14 de ellos cuya población en el año 2003 superaba los 500.000 habitantes.

Al analizar la composición de la mortalidad juvenil por sexo, se advierte un apabullante predominio de los varones en el caso de las muertes violentas, pues representan casi el 86% de un total cercano a los 78.700 jóvenes fallecidos (en torno al año 2000). Entre las causas internas de muerte de los jóvenes latinoamericanos, las enfermedades transmisibles y las genético-degenerativas tienden a distribuirse entre poco más del 40% respecto de las mujeres y poco menos del 60% de los hombres. En cuanto a las primeras, en el caso particular del VIH/SIDA en 14 países de América Latina, los fallecimientos masculinos casi duplican los femeninos (873 jóvenes muertas) con 1.675 muertes atribuidas a esta causa a fines de los años noventa. Todo lo anterior contribuye a reforzar la evidencia de que la mortalidad juvenil femenina es claramente inferior a la masculina.

La incidencia del VIH/SIDA en la mortalidad de los jóvenes latinoamericanos (2,9 por cada 100.000), aunque inferior a la de los adultos de 25 años a 44 años (16,9 por cada 100.000), no deja de ser alarmante, por tratarse de jóvenes que se inician en la vida sexual y reproductiva, más aún si se tiene en cuenta que por cada enfermo declarado se estima que existen entre 5 y 7 portadores seropositivos. Cabe subrayar que en República Dominicana y Panamá las tasas de mortalidad por esta causa duplican ampliamente el promedio (7,9 y 6,6 respectivamente). Esto refleja la urgente necesidad de reforzar las campañas de prevención y difusión en el uso de preservativos, y todas las medidas que predisponen al sexo seguro, lo que en este caso específico puede cumplir la doble función de mitigar la propagación del VIH/SIDA e impedir los embarazos adolescentes, dos aspectos críticos para los y las jóvenes. Se impone entonces redoblar las campañas a través de diferentes medios, pues tal como muestra la Encuesta Demográfica de Salud que monitorea los cambios de comportamiento ante el VIH/SIDA, si bien un promedio de 70% a 73% de la población tiene información sobre el virus y su forma de transmisión, un porcentaje mucho menor adopta medidas efectivas para su prevención.⁴

Una paradoja recurrente en relación con la salud de los jóvenes es que, dada su escasa probabilidad de enfermar o fallecer por causas endógenas (enfermedades), se presta poca atención a su morbimortalidad específica, vinculada sobre todo a causas externas. Causas de morbilidad o mortalidad juvenil atribuibles a conductas de riesgo, que podrían tener cabida en un marco de mayor control preventivo —como las lesiones por imprudencia, violencia accidental o intencional, o las enfermedades de transmisión sexual—, al no corresponder a una morfología reconocida como problema de salud, no son consideradas como tema permanente de la política de salud dirigida a la juventud.

En general, las políticas de salud orientadas a los jóvenes son más eficaces en el campo de la prevención, dado que los problemas de salud juvenil se relacionan con conductas de riesgo en el campo de la sexualidad (embarazos y contagios por transmisión sexual), del consumo de estupefacientes y de sucesos traumáticos (accidentes o hechos de violencia). Para prevenir es necesario movilizar y sensibilizar a la opinión pública. Al respecto, se cuenta con experiencias exitosas en América Latina. En esta materia, han sido importantes las campañas de sensibilización y toma de conciencia en las que los propios jóvenes se hacen presentes, lo que también permite potenciar aún más su participación (Rodríguez, E., 2002). Especial reconocimiento merece la participación juvenil en campañas de prevención del SIDA, tanto en la difusión de información oportuna como en educación y sensibilización, con resultados positivos y significativos.

Muy saludables por dentro y muy expuestos por fuera, los jóvenes no encuentran en los servicios de salud ni en la salud preventiva una respuesta a sus riesgos específicos y viven el contraste entre buena salud y riesgos sanitarios poco cubiertos. Entre accidentes, hechos violentos, transgresiones a la legislación de estupefacientes, embarazos no deseados y enfermedades de transmisión sexual, sus problemas sanitarios van acompañados de estigmas negativos en la sociedad, que hacen que el sistema de salud no los acoja debidamente.

4 Demographic Health Survey (DHS por su sigla en inglés).

D. LAS TASAS DE FECUNDIDAD DE LAS JÓVENES SE REDUCEN OSTENSIBLEMENTE, PERO AÚN PERSISTE LA MATERNIDAD A EDADES RELATIVAMENTE TEMPRANAS

Actualmente, la fecundidad durante la juventud es mucho más baja, en concordancia con el descenso sostenido que han experimentado los índices reproductivos en la región. Las estimaciones y proyecciones de población vigentes para América Latina y el Caribe dejan ver que en los últimos 15 años la fecundidad total y la juvenil han seguido disminuyendo, con excepción de la fecundidad adolescente, que ha aumentado.⁵

Respecto del conjunto de América Latina, el régimen de fecundidad imperante en torno de 1987 conducía a que en promedio las mujeres tuviesen 2,2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años; el régimen vigente en la actualidad se traduce en un promedio de 1,7 hijos nacidos vivos a dicha edad. Prácticamente en todos los países, el número medio de hijos antes de enterar los 30 años descendió, y en algunos casos notablemente. Por cierto, persisten disparidades importantes entre países, pues mientras en los más pobres y de mayor fecundidad —Bolivia, Guatemala, Honduras y Nicaragua— las mujeres terminan su juventud con un promedio de 2,5 hijos o más, en los más avanzados en materia económica y social (Chile, Uruguay) la cifra es de 1,5 hijos o menos.

Sin embargo, la situación es paradójica: por una parte, los jóvenes tienen, en promedio, menos hi-

jos que antes; pero por otra, del total de niños que nacen, un porcentaje mayor tienen padres jóvenes. Ello obedece a que la fecundidad a edades adultas cayó más acentuadamente que a edades jóvenes, de allí la simultaneidad de menor fecundidad juvenil y mayor concentración de la reproducción en la juventud (véase el cuadro III.6).

Cuando se desglosa por estrato socioeconómico, se observan marcadas diferencias. No es casual que se hable de “dinámica demográfica de la pobreza”, síndrome en que destacan la mortalidad y la fecundidad más elevadas, la reproducción más temprana y el menor acceso a anticonceptivos. En el caso de los jóvenes, los censos de la ronda de 2000 permiten una primera aproximación a las manifestaciones reproductivas de esta dinámica demográfica de la pobreza.⁶ Se ratifican las disparidades reproductivas entre grupos socioeconómicos, pues las mucha-

5 Véase el capítulo II para información complementaria en esta materia.

6 Con tal propósito, se procedió a elaborar un índice socioeconómico basado en el equipamiento existente en los hogares. El índice fue construido como una suma ponderada de bienes seleccionados. Sus resultados permitieron clasificar terciles. Los cálculos se efectuaron separadamente para

chas de condición socioeconómica inferior tienen una maternidad más temprana y una trayectoria reproductiva más intensa. Si bien las disparidades no parecen tan notables cuando se considera a la totalidad de la población femenina joven (véase el gráfico III.15), un examen más minucioso muestra que estas operan en ambos extremos: mientras las

jóvenes de nivel socioeconómico superior tienden a presentar índices de nuliparidad mucho mayores y cuando son madres tienen mayoritariamente un hijo, entre las jóvenes de estrato socioeconómico inferior la nuliparidad es menos frecuente y entre las madres la mayoría tienen tres hijos o más.

Cuadro III.6

AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES): EVOLUCIÓN DE LA CONCENTRACIÓN DE LA FECUNDIDAD EN LA JUVENTUD POR PAÍSES, TOTAL NACIONAL, 1987 Y 2003			
País	Concentración de la fecundidad en la juventud (15-29)		Cambio porcentual de la concentración reproductiva en la juventud
	1987	2003	1987-2003
Argentina	65,4	66,9	1,5
Bolivia	55,9	58,9	3,0
Brasil	68,6	73,2	4,6
Chile	68,1	71,7	3,6
Colombia	64,4	68,9	4,5
Costa Rica	65,9	69,7	3,8
Cuba	80,7	79,5	-1,2
Ecuador	59,5	61,5	2,0
El Salvador	65,3	66,5	1,2
Guatemala	59,2	62,1	2,9
Honduras	59,6	63,1	3,5
México	64,2	67,2	3,0
Nicaragua	65,8	67,2	1,4
Panamá	69,3	71,0	1,7
Paraguay	55,8	60,0	4,2
Perú	56,1	59,2	3,1
República Dominicana	69,4	77,2	7,8
Uruguay	65,2	69,3	4,1
Venezuela (República Bolivariana de)	65,6	70,1	4,5
América Latina	65,1	69,2	4,1

Fuente: Cálculos propios basados en estimaciones y proyecciones vigentes de la División de Población de la CEPAL (CELADE) y la División de Población de las Naciones Unidas (www.eclac.cl/celade; <http://esa.un.org/unpp/>).

El cuadro se complejiza en el examen según edad, en que los factores socioeconómicos presentan una estrecha relación con la probabilidad de haber sido madre a los 17 años. Tal probabilidad es de 4 a 10 veces superior entre las muchachas

de estrato bajo rural respecto de las de estrato alto urbano.⁷ Esto significa que en los grupos socioeconómicos superiores, menos del 5% de las muchachas han sido madres a los 17 años, mientras en los grupos socioeconómicos desaventajados la incidencia

zona urbana, rural y total nacional, lo que originó tres grupos socioeconómicos en cada zona y el total nacional. Con variaciones pequeñas, cada grupo representa aproximadamente a un tercio de la población juvenil de su ámbito territorial.

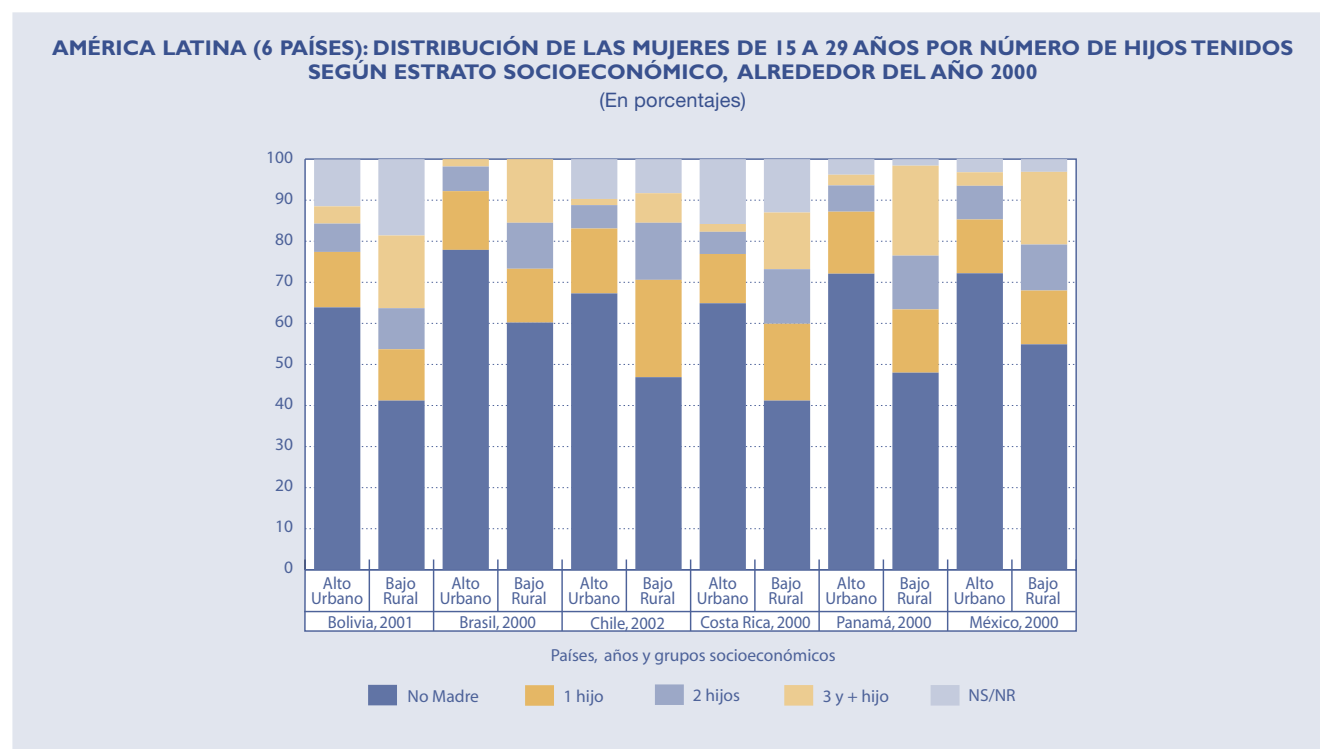
7 Aunque se trate de terciles urbanos y rurales la comparación directa entre países es impropia, pues los bienes usados para construir el índice variaron en cada uno de ellos. El porcentaje de madres fue calculado considerando la no respuesta como nuliparidad.

alcanza a entre un 20% y un 35% de las muchachas, dependiendo del país (véase el gráfico III.15). Esto deriva en la reproducción de la pobreza, por cuanto una fracción importante de las muchachas pobres tienen su primer hijo a una edad en que recién deberían estar terminando la secundaria, truncando con ello su progresión educativa.

Los factores socioeconómicos también tienen una clara relación con el patrón reproductivo en

otras fases de la vida juvenil. Pero el foco pasa de la condición de maternidad a la paridez acumulada, sobre todo a medida que la condición de madre se generaliza. A los 22 años todavía hay una diferencia significativa en el indicador de nuliparidad: la proporción de madres varía entre el 20% y el 35% en el estrato superior urbano, mientras entre las muchachas de estrato inferior rural supera el 60%, llegando en algunos casos al 80% (véase el gráfico III.16).

Gráfico III.15



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

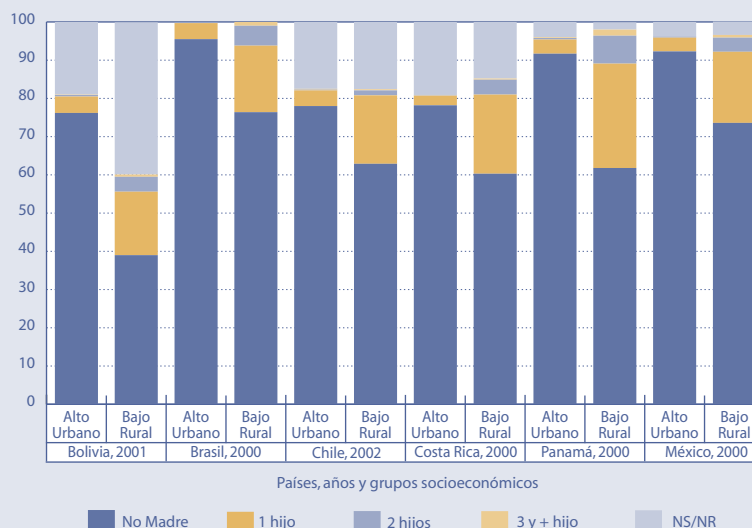
En las estimaciones empíricas se observa también la resistencia al descenso de la fecundidad adolescente. En efecto, en ellas se reconoce un aumento de la tasa específica de fecundidad de las mujeres de 15 a 19 años de edad, de 82 a 84 por 1.000 a comienzos del decenio de 1990. Sin embargo, en las estimaciones y proyecciones se asume que la fe-

cundidad adolescente a escala regional habría caído desde 1995 en adelante y que seguiría bajando hasta llegar a niveles de 60 por 1.000 en el año 2025. En el cuadro III.7 se emplea un indicador diferente a la tasa específica de fecundidad, pero que ha sido ampliamente usado en el último tiempo. Se trata del porcentaje de muchachas madres por edad simple.⁸

⁸ El indicador total para el grupo de 15 a 19 años no debe ser interpretado como la probabilidad de ser madre durante la adolescencia, porque

AMÉRICA LATINA (6 PAÍSES): DISTRIBUCIÓN DE LAS MUJERES DE 17 AÑOS POR NÚMERO DE HIJOS TENIDOS SEGÚN ESTRATO SOCIOECONÓMICO, ALREDEDOR DEL AÑO 2000

(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), procesamiento especial de las bases de microdatos censales. NS/NR: No sabe/ no responde.

De acuerdo con el cuadro anterior, desde la perspectiva demográfica existen al menos dos poderosas razones que llaman a prestar atención a la reproducción durante la adolescencia en América Latina. La primera radica en que es comparativamente alta, como promedio regional, y la segunda en que su trayectoria o bien desciende mucho menos que en las otras edades, y por ende aumenta su participación dentro de la fecundidad total, o se incrementa en términos absolutos.

Además de lo mencionado, hay fuertes motivos sociales para preocuparse por la fecundidad adolescente. En primer lugar, porque afecta más intensamente a los grupos pobres; al respecto, en el cuadro III.8 se ilustra esta tendencia usando como proxy de pobreza el nivel de escolaridad de las mujeres. En segundo lugar, porque se relaciona con adversidades que pueden ser mitigadas solo en

parte, debido a la situación socioeconómica de los adolescentes.

Esta persistencia de riesgos demográficos se explica por una combinación compleja de comportamientos tradicionales (unión y embarazo temprano en el caso de la fecundidad adolescente en los grupos pobres) con fenómenos clásicos de exclusión y de patrones culturales, a saber: carencia de información sexual, falta de acceso a medios anticonceptivos en el caso de la fecundidad no planificada (CEPAL, 2001), sesgos culturales en las relaciones sexuales, y otros factores vinculados a la cultura juvenil. En general, en los países de la región ha mejorado el acceso a anticonceptivos modernos a lo largo de la trayectoria reproductiva, pero todavía es muy magro el porcentaje de mujeres que usan anticonceptivos modernos en el inicio de su actividad sexual (véase el gráfico III.17).

existe truncamiento de datos; de hecho, ninguna muchacha de dicho grupo ha cumplido los 20 años, por lo que todavía no terminan su período de "exposición al riesgo" de fecundidad adolescente. La probabilidad de haber sido madre durante la adolescencia debe ser estimada con muchachas que ya cumplieron los 20 años (normalmente con consultas retrospectivas sobre su historia reproductiva) o con métodos de imputación de diferente naturaleza (Li y Wu (2003), Rosero-Bixby en CEPAL/CELADE, 2004), aunque hay poca experiencia en el uso de tales métodos para anticipar fecundidad al cumplir 20 años de edad.

Cuadro III.7

AMÉRICA LATINA (11 PAÍSES): EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MADRES EN MUJERES DE 15 A 19 AÑOS, POR EDADES SIMPLES, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DE 1990 Y DEL 2001 (En porcentajes)							
País	Año	Años de edad					Total
		15	16	17	18	19	
Bolivia	1992	1,6	4,4	9,9	17,9	28,0	11,7
Brasil	2001	2,0	5,7	11,7	20,8	29,2	13,5
	1991	2,2	5,2	10,4	17,2	24,3	11,5
Chile	2000	3,3	7,6	13,8	20,8	28,1	14,8
	1992	2,1	4,8	9,8	16,1	24,8	11,8
Costa Rica	2002	6,3	5,1	10,2	16,7	24,1	12,3
	1984	2,0	5,6	10,9	18,6	27,5	12,8
Ecuador	2000	2,5	6,2	11,8	19,8	27,5	13,2
	1990	6,2	5,4	11,0	19,4	27,9	13,5
Guatemala	2001	3,2	8,1	14,9	23,9	32,5	16,3
	1994	2,9	7,3	14,5	25,1	35,5	16,1
Honduras	2002	2,6	6,9	14,2	23,1	33,0	15,5
	1988	3,6	8,1	15,6	25,2	34,6	16,6
México	2001	3,0	8,4	17,1	27,6	38,0	18,3
	1990	1,4	3,8	8,6	16,1	24,2	5,8
Panamá	2000	1,8	4,8	10,7	18,2	26,2	7,6
	1990	3,6	8,2	15,2	22,4	30,8	16,1
Uruguay	2001	4,1	9,3	16,2	25,4	33,3	17,4
	1985	1,2	3,4	7,2	12,4	19,3	8,4
Venezuela (República Bolivariana de)	1996	5,0	7,7	12,8	18,4	24,6	13,9
	1990	3,3	6,9	13,0	19,9	27,5	13,8
	2001	3,2	7,5	13,7	21,7	29,8	15,0

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), procesamiento especial de las bases de microdatos censales.

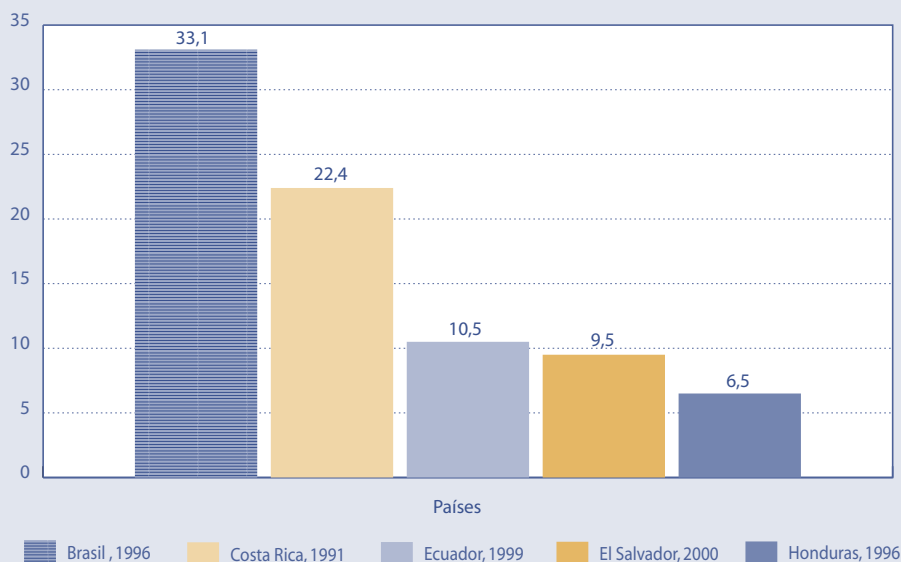
Cuadro III.8

AMÉRICA LATINA (7 PAÍSES): EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MADRES O EMBARAZADAS POR PRIMERA VEZ (EPV) EN MUJERES DE 15 A 19 AÑOS, POR NIVEL EDUCATIVO, TOTAL NACIONAL, MEDIADOS DE LOS OCHENTA Y MEDIADOS DE LOS NOVENTA (En porcentajes)										
País	Año	Sin educación			Primaria			Secundaria o más		
		Madres	Embarazadas por primera vez	Madres o actualmente embarazadas	Madres	Embarazadas por primera vez	Madres o actualmente embarazadas	Madres	Embarazadas por primera vez	Madres o actualmente embarazadas
Bolivia	1989	25,7	0,6	263	24,6	4,1	28,7	7,7	1,7	9,4
	1998	40,1	11,4	51,5	23,9	5,0	28,9	7,4	1,4	8,8
Brasil	1986	14,4	6,6	20,0	13,1	3,4	16,6	3,2	1,1	4,3
	1996	50,7	3,7	54,4	23,6	4,7	28,3	10,7	3,4	14,1
Colombia	1986	19,3	6,8	26,2	16,9	5,4	22,3	5,7	1,3	6,9
	2000	45,5	0,0	45,5	28,3	5,4	33,7	11,3	3,7	15,0
Guatemala	1987	33,8	5,3	39,1	19,8	3,2	23,0	4,4	0,4	4,8
	1998/99	31,9	8,6	40,5	20,6	5,0	25,6	7,3	1,8	9,2
Haití	1994/95	19,9	5,7	25,6	11,5	3,6	15,1	5,1	2,7	7,8
	2000	41,4	3,2	44,6	13,9	4,9	18,8	7,1	3,6	10,7
Perú	1986	18,5	7,4	25,9	18,9	3,4	22,3	6,4	1,0	7,4
	2000	36,9	0,0	36,9	22,9	3,6	26,4	7,2	2,0	9,2
República Dominicana	1986	45,4	1,7	47,1	17,2	3,9	21,2	5,2	2,9	8,1
	2002	58,4	5,8	64,3	28,2	5,8	34,0	14,2	4,2	18,3

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de Encuestas de demografía y salud [en línea] [http:// www.measuredhs.com/](http://www.measuredhs.com/). Estas cifras provenientes de encuestas especializadas (DHS, www.measuredhs.com) y de las levantadas con el apoyo de los CDC), que incluyen tanto a las mujeres que ya habían tenido hijos en el momento de la encuesta como a las que eran nulíparas embarazadas.

AMÉRICA LATINA (5 PAÍSES): MUJERES QUE USARON ANTICONCEPTIVOS MODERNOS EN SU PRIMERA RELACIÓN SEXUAL, TOTAL NACIONAL, MEDIADOS DE LOS AÑOS NOVENTA

(En porcentajes)



Fuente: Centro Paraguayo de Estudios de Población (CEPEP), *Encuesta nacional de salud materno infantil, 1998*, Asunción, Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID)/Centro para el Control de Enfermedades (CDC), 1999.

A la luz de las cifras y razonamientos previos, es claro que reducir la fecundidad adolescente y, en general, promover una iniciación nupcial y reproductiva más tardía son objetivos pertinentes de las políticas de juventud. Para que estas intervenciones tengan éxito, se ha de considerar la amplia gama de fuerzas que promueven la reproducción temprana. Y dentro de estas cabe subrayar la falta de oportunidades y de opciones que afecta a una fracción significativa de los jóvenes latinoamericanos. De este modo, la reproducción temprana no solo es causa, sino también consecuencia de la exclusión. Inversamente, la postergación de la maternidad y paternidad es una de las consecuencias de las buenas opciones educacionales y laborales. De este modo, la ampliación de espacios para el desarrollo de proyectos personales —que permita extender el período de acumulación de activos educativos y formativos—, y una mayor probabilidad de acceso a empleos decentes, constituyen la principal estrategia para modificar este patrón de iniciación reproductiva temprana. Esta estrategia, sin embargo,

opera a largo plazo y el problema debe ser enfrentado con premura.

En lo atinente a las adversidades que entraña la fecundidad adolescente, una parte se vincula a la salud del binomio madre-hijo, pues embarazos a edades tempranas acarrear mayores complejidades. Otro tipo de adversidades cuyo impacto social es más difundido, se relacionan con el desempeño social y económico de tres generaciones: progenitores adolescentes, sus hijos y los padres de los y las adolescentes. Para los progenitores adolescentes, las opciones de seguir acumulando activos, sobre todo educativos, se restringen debido a las exigencias de tiempo, dedicación y recursos que demanda la crianza de un hijo, a lo que se añaden mecanismos de discriminación y exclusión de las estudiantes embarazadas.

El descenso de la fecundidad juvenil es una oportunidad para que los jóvenes puedan destinar más tiempo a su formación, maduración o adquisición de experiencia en diferentes ámbitos vitales. La

maternidad/paternidad entraña múltiples obligaciones, incluido un cambio de estatus social, ya que culturalmente suele definir la condición de adultez. Tales obligaciones tienden a competir con opciones alternativas, como son la permanencia en el sistema escolar, la inserción laboral (sobre todo en el caso de las mujeres), la acumulación de activos o simplemente la maduración psicosocial. Por consiguiente, el retraso de la iniciación reproductiva pareciera tener claras ventajas (aun cuando lo anterior no asegura una trayectoria adulta satisfactoria o exitosa), si se tienen en cuenta la importancia creciente que reviste la acumulación de conocimientos y de experiencia práctica para una inserción y un desempeño laboral satisfactorios, y la preocupación de los padres por ofrecer a sus hijos las mejores opciones de desarrollo futuro.

Los datos recién presentados confirman que el descenso en las tasas de fecundidad entre las mujeres jóvenes no va acompañado de una merma en la fecundidad adolescente, y a la vez muestran que, pese a dicho descenso general, sigue siendo alta la concentración de la fecundidad en edades relativamente tempranas, sobre todo en los quintiles de ingresos más bajos. Por ende, si bien el retroceso de la fecundidad puede representar mejores ingresos por miembro de la familia (suponiendo el mismo ingreso para un menor número de personas), la persistencia de la fecundidad temprana sigue limitando los procesos formativos y de autonomía de las mujeres jóvenes.

E. AUN CUANDO EL CONSUMO SIMBÓLICO SE EXPANDE ENTRE LOS JÓVENES A UN RITMO ACELERADO, ESTOS ENCUENTRAN SEVERAS RESTRICCIONES PARA INCREMENTAR SU CONSUMO MATERIAL

Una tensión que afecta a todos los grupos de edad, pero con mayor intensidad a los jóvenes, es la creciente desproporción entre consumo simbólico y consumo material. Por una parte, en las últimas décadas el aumento en el acceso a símbolos, mensajes, imágenes, información y conocimiento ha sido vertiginoso para los jóvenes, debido tanto a la expansión de la cobertura escolar, como sobre todo al incremento del consumo audiovisual y de conexión a redes virtuales. Por otra parte, la situación de pobreza de sus familias de origen, las dificultades de acceso al empleo y la inserción en ocupaciones de baja productividad y bajos ingresos limitan severamente el acceso de los jóvenes a los bienes materiales y a la propia autonomía.

La conectividad a redes virtuales alcanza una intensidad y cobertura mayor entre los jóvenes que en la población adulta. La expansión del acceso juvenil a Internet prosigue a un ritmo exponencial, puesto que los jóvenes tienen más ductilidad para asimilar nuevos lenguajes y más facilidad para “aprender usando” que los adultos, sobre todo cuando se trata de ingresar al mundo virtual de la computadora. También hay que tener presente que un alto porcentaje de jóvenes usuarios de Internet, y otras fuentes informatizadas de conocimientos, acceden a la red por medio de las cabinas públicas o de la infraestructura en las escuelas.

En Brasil, hacia el año 2000, el 15,8% de los jóvenes de 14 a 19 años de edad ha usado Internet, comparado con un 11,3% en la población de 20 a 35

años, 5,6 % en usuarios de 36 a 45 años y 3% en mayores de 45 años; y en el caso de los computadores personales estos índices etarios eran del 27%, 19%, 13,7% y 6,3%, respectivamente (Hilbert, 2001). En México, el 30% de los menores de 20 años, y el 36% de la población de 20 a 29 años eran usuarios de Internet hacia el año 2002, porcentaje que descendía a 18% en los de 30 a 39 años, a 9% en los de 40 a 59 años, y a 4% en la población de 60 años y más de edad (Hilbert, 2003). Por su parte y de acuerdo con las encuestas disponibles, en Colombia, en el año 2002, el 47,6% de los jóvenes de 18 a 24 años usaban Internet, en contraste con el 13,5% en la población de 45 a 54 años y el 2,2% en los de 55 años y más de edad. Los datos para Argentina y Chile muestran contrastes etarios similares (véase el cuadro III.9).

Cuadro III.9

ARGENTINA, CHILE Y COLOMBIA: EDAD DE LOS USUARIOS DE INTERNET, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DEL 2002 (En porcentajes)					
Argentina		Chile		Colombia	
Grupo etario	Porcentaje	Grupo etario	Porcentaje	Grupo etario	Porcentaje
Hasta 24	30	6-11	27	12-17	48,1
25-34	32	12-18	35	18-24	47,6
35-44	17	19-29	21	25-34	24,9
45-54	14	30-44	14	35-44	17,4
55 años y más	7	45-59	13	45-54	13,5
		60 años y más	5	55 años y más	2,2

Fuente: Argentina: Irol D'Alessio, *La audiencia de Internet*, Buenos Aires, International Research Online-Argentina/Brasil, 2003; Colombia: *Encuesta Nacional de la Cultura*, 2002; Chile: "Encuesta de caracterización socioeconómica", datos citados en Fernando Soto, Carlos Espejo e Isabel Matute, *Los jóvenes y el uso de computadores e internet*, Santiago de Chile, Instituto Nacional de la Juventud (INJUV), 2002.

En definitiva, a diferencia de la televisión que implica un consumo transgeneracional –aunque varíen los gustos entre generaciones–, el acceso a la cultura virtual representa un consumo marcado por la brecha generacional. Es evidente, por otra parte, que existen diferencias en el acceso y consumo de las nuevas tecnologías entre los jóvenes de distintos sectores sociales. Pero esto no contradice el hecho de que, en general, se ensancha la brecha entre jóvenes y adultos, dada la mayor ductilidad de los primeros en el uso de las nuevas tecnologías. El vínculo de los jóvenes con las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones sería así un elemento fundamental de su separación y diferenciación cognitiva y perceptiva respecto del mundo de los adultos. Brecha generacional que podría ser mucho más radical que en generaciones precedentes, dado que el uso de nuevas tecnologías de comunicación supone el desarrollo de “mapas cognitivos” inéditos.

Por otra parte, los jóvenes, al igual que el resto de la población, han incrementado de manera intensiva su acceso a la industria audiovisual. Según datos de la UNESCO, entre 1980 y 1997 el número de televisores por cada 1.000 habitantes en América Latina y el Caribe aumentó de 98 a 205, y el de radios se incrementó de 259 en 1980 a 413 en 1996, siendo la región en desarrollo que, por mucho, cuenta con la mayor densidad televisiva y

radial. Es probable que durante la última década esta densidad televisiva y radial haya aumentado considerablemente, debido al abaratamiento relativo de los aparatos de televisión y la expansión del crédito de consumo.⁹ Por la misma razón, también la industria discográfica, de videos y videojuegos se expandió durante las últimas dos décadas, siendo los jóvenes sus consumidores privilegiados. A esto hay que agregar el crecimiento sostenido de la televisión por cable, la multiplicación de canales abiertos y la extensión de los horarios televisivos.

Se puede apreciar que, en el marco de la centralidad de los consumos culturales, los medios están entre las actividades más destacadas por los jóvenes. “Ver televisión” y “escuchar música” son actividades mencionadas por los jóvenes de los tres países considerados en el cuadro III.10.

La centralidad del consumo de medios de los jóvenes indica que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de la información y las comunicaciones. No son solo la televisión o la radio en su sentido tradicional, sino un nuevo concepto de “selección a la carta” en el consumo de televisión por cable, videos, DVDs, Internet y otros dispositivos. El peso relativo del consumo de medios dentro de la construcción de identidad en el

9 En Chile, el consumo diario de televisión de los jóvenes es de más o menos tres horas.

hogar aumenta a medida que se diversifican los canales de acceso a contenidos que también tienden a ser más variados.

Todos estos datos denotan una expansión veloz del consumo simbólico. Sin embargo, no ocurre lo mismo con el consumo material de los jóvenes. La evolución en la situación de la pobreza y el empleo de la juventud pone de manifiesto que el acceso a

bienes materiales sigue un ritmo mucho más lento que el acceso a bienes simbólicos.

Los datos muestran que si bien la incidencia de la pobreza entre los jóvenes es algo menor que en el resto de la población, en la última década tiende a decrecer con más lentitud y por otra parte, se engrosa el número total de jóvenes en condición de pobreza (véase el cuadro III.11).

Cuadro III.10

CHILE, COLOMBIA Y MÉXICO: ACTIVIDADES QUE REALIZAN LOS JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD DURANTE EL TIEMPO LIBRE, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DEL 2002					
(En porcentajes)					
Chile		Colombia		México	
Escuchar radio o música	58,4%	Hacer deporte	38%	Estar con la familia	21%
Estar con la familia	41,7%	Oír música	37%	Convivir con la pareja	13%
Estar con la pareja	31,8%	Ver televisión o videos	33%	Ver televisión	11%
Salir o conversar con amigos	36,1%	Leer	24%	Escuchar música	10%
Ver televisión o videos	17,1%	Salir con amigos/as	17%	Estar con los amigos	10%
Salir de paseo	15,3%	Ir a bares/discotecas	6%	Estudiar en casa	9%
Deportes	25,4%	Dedicarse a las artes	5%	Practicar algún deporte	8%
Ir a fiestas o a bailar	23,7%	Ir al cine/conciertos	4%	Videojuegos	8%
Leer diarios, libros o revistas	8,5%				

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de encuestas de juventud de cada país. No incluye uso de computadoras.

Cuadro III.11

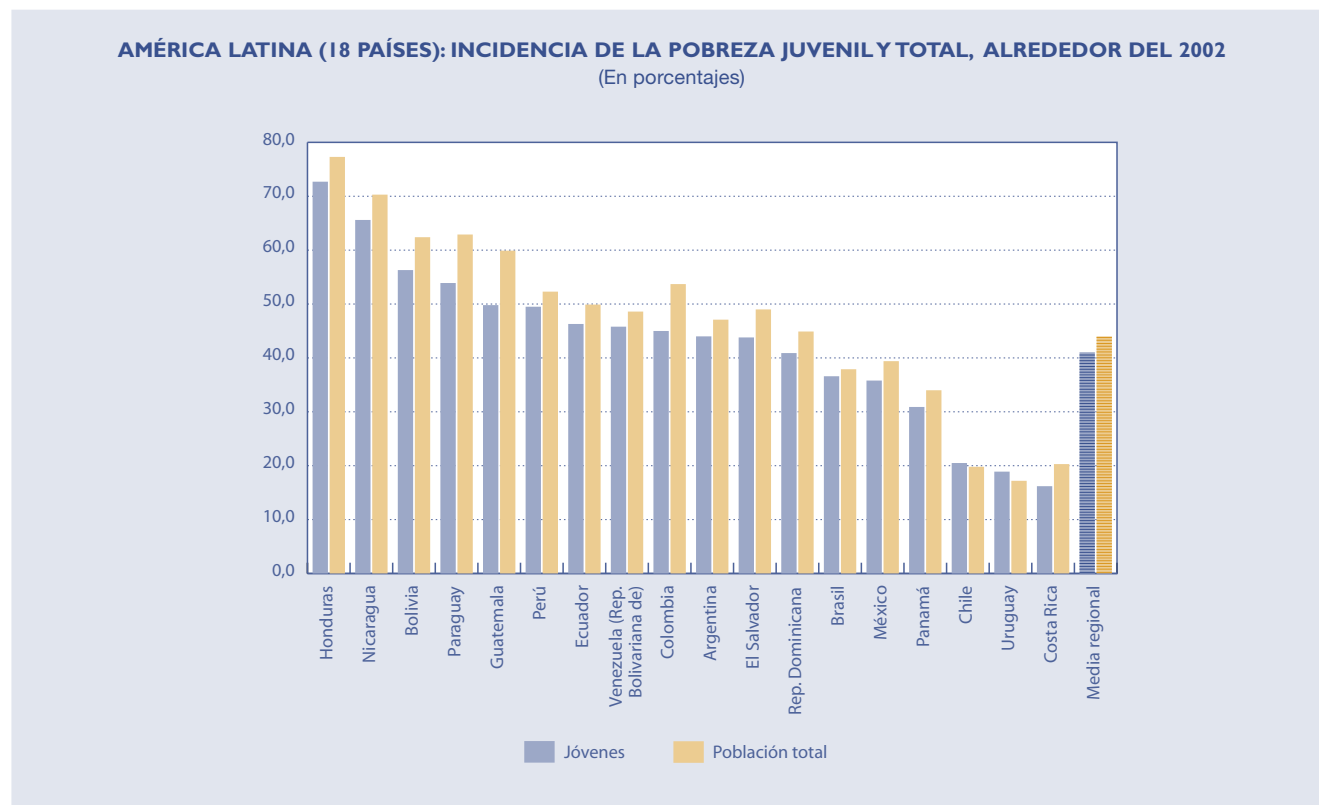
AMÉRICA LATINA (19 PAÍSES): INCIDENCIAS DE POBREZA E INDIGENCIA, 1990 Y 2002					
		1990	2002	Variación porcentual	
Pobreza					
Jóvenes	Porcentaje	43	41	-4,7	
	Millones	(50,4)	(58)	(15,1)	
Población total	Porcentaje	48	44	-8,3	
	Millones	(200)	(221)	(10,5)	
Extrema pobreza					
Jóvenes	Porcentaje	17	15	-11,8	
	Millones	(20,4)	(21,2)	(3,9)	
Población total	Porcentaje	23	19	-21,7	
	Millones	(93)	(97)	(4,3)	

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares.

Como se observa en el cuadro anterior, si bien en promedio hay una mayor incidencia de pobreza y extrema pobreza en el total de la población que en la población joven, la tendencia en la última década es que el porcentaje de pobres y pobres extremos se reduzca más aceleradamente en el total que entre los jóvenes o, inversamente, el aumento del total (no de la incidencia) de pobres, entre 1990 y el 2002, es más intenso entre los jóvenes que en el conjunto de la población. Al analizar la situación en términos absolutos, en 2002 habrían existido en América Latina alrededor de 58 millones de jóvenes pobres (7,6 millones más que en 1990), de los que 21,2 millones eran pobres extremos o indigentes (con un incremento de 800.000 en el período).

Estos indicadores generales probablemente no captan diferencias cualitativas entre los pobres de unos y otros países. Sin embargo, permiten ordenamientos analíticos que al menos evidencian ciertas similitudes. Como se aprecia en el gráfico III.18, los países que registran mayor incidencia de pobreza en los jóvenes (en torno de 50% o más) son Honduras, Nicaragua, Bolivia, Paraguay, Guatemala y Perú. Con valores entre 30% y 50% se encuentran Ecuador, la República Bolivariana de Venezuela, Colombia, Argentina, El Salvador, República Dominicana, Brasil, México y Panamá. Finalmente, Chile, Uruguay y Costa Rica presentan la menor incidencia (en torno de 20% o menos).

Gráfico III.18

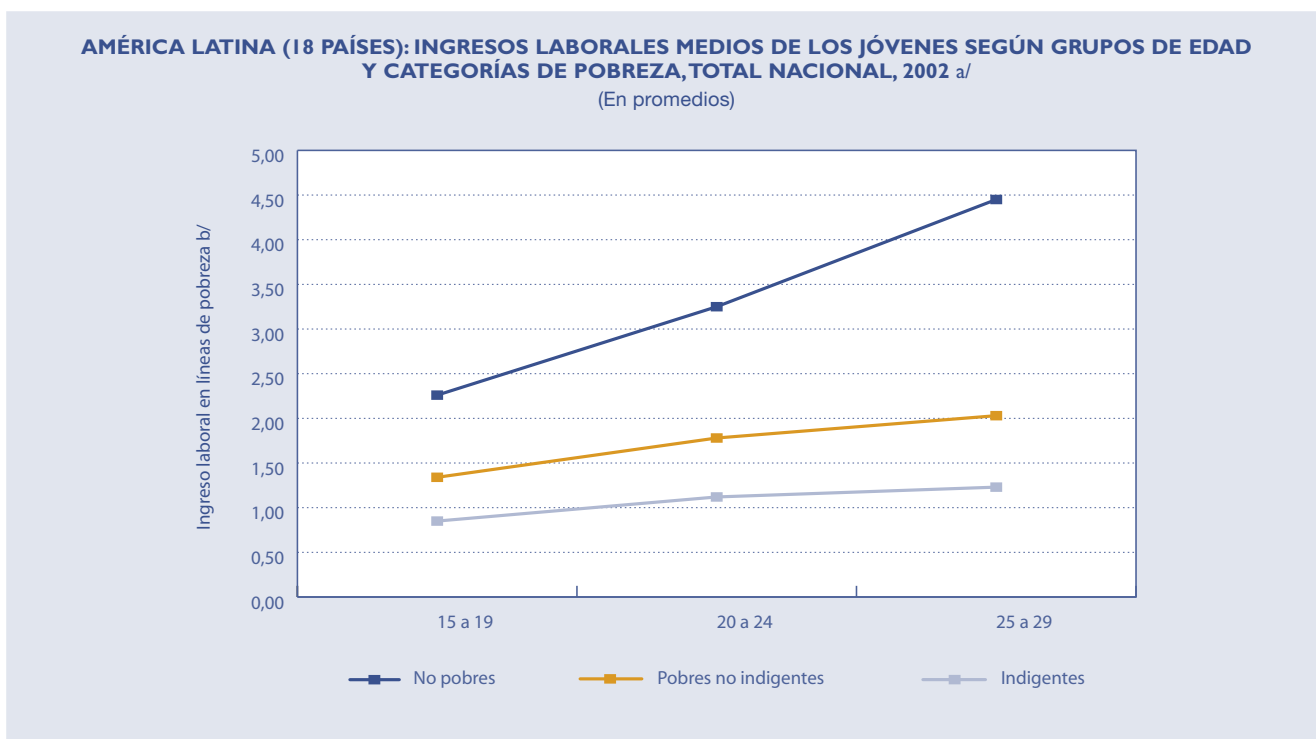


Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

En América Latina, los jóvenes pobres tienen menor probabilidad de recibir ingresos que los no pobres, y los indigentes menos que los pobres. Dentro de los que trabajan, los ingresos laborales y su incremento por grupos de edad son sustancialmente mayores entre los no pobres: el máximo ingreso promedio de los indigentes no alcanza al mínimo

de los pobres (no indigentes), y sucede igual cosa entre estos y los no pobres (véase el gráfico III.19). Evidentemente, esto se relaciona con la menor capacidad de los jóvenes pobres de acceder al mercado laboral con respecto a sus pares no pobres, y se vincula a su vez con el nivel educativo y capital social diferencial de los tres grupos de jóvenes.

Gráfico III.19



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de procesamientos especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Promedio ponderado de los países.

b/ Ingreso laboral expresado en múltiplos de la línea de pobreza urbana de cada país.

Pero por otra parte, el acceso al consumo de la industria audiovisual, sobre todo de radio y televisión, alcanza al conjunto de la población. Por lo tanto, se puede pensar que todavía mayor es la asimetría entre opciones de consumo simbólico y consumo material en los jóvenes pobres que en los no pobres. Los primeros tienen acceso a las imágenes, los íconos, la música y los mensajes modernos, pero no pueden traducir este acceso en movilidad social o en un incremento complementario de ingresos y capacidad de consumo material (de bienes

y servicios). De la misma manera, se produce también una configuración específica por localización geográfica, ya que la incidencia de la pobreza es tanto más fuerte entre los jóvenes rurales que entre los urbanos.

Respecto de la proporción de indigentes dentro del total de pobres, se observa que ella alcanza a uno de cada cuatro pobres a nivel urbano, mientras asciende a la mitad a nivel rural. Así, los jóvenes pobres rurales no solo son proporcionalmente más,

sino que la severidad de su pobreza es significativamente mayor (véase el cuadro III.12). No obstante, la brecha entre consumo simbólico y consumo material probablemente es más contrastante entre los jóvenes urbanos de bajos ingresos, cuyo acceso a la

educación y otros bienes simbólicos es muy superior y más diversificado que el de sus pares rurales. No es casual que el mayor nivel de violencia juvenil se registre en las zonas urbanas donde se concentran los jóvenes con menores recursos.

Cuadro III.12

AMÉRICA LATINA (13 PAÍSES): INCIDENCIA DE POBREZA E INDIGENCIA URBANA Y RURAL, 2002				
(En porcentajes)				
Pobreza	Población joven		Población total	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural
Promedio ponderado	33,4	54,8	34,9	57,9
Promedio simple	37,3	55,6	40,7	59,9
Indigencia				
Promedio ponderado	8,9	27,9	10,7	33,4

Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

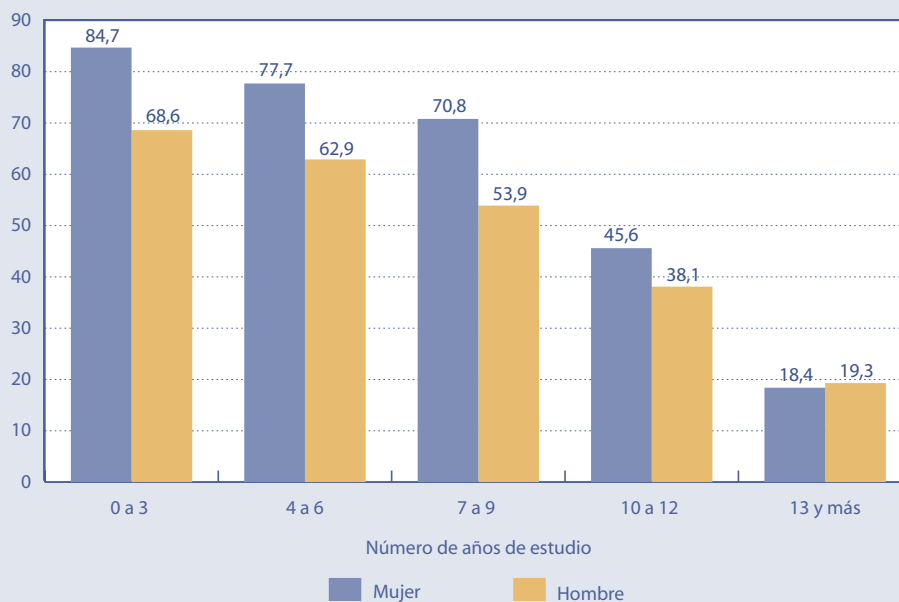
En lo relativo al empleo –habida cuenta de que es la principal fuente de ingresos y, por tanto, de acceso a bienes materiales–, el primer elemento que llama la atención es el incremento sostenido en el nivel de desempleo de los jóvenes; no solo la brecha con respecto al desempleo adulto, sino el aumento del desempleo juvenil propiamente tal. El gráfico III.10 de la sección A. del presente capítulo muestra que, entre 1990 y el año 2002, la tasa de desempleo creció para los jóvenes de los cinco quintiles de ingreso. Sintomáticamente, esto tuvo lugar en un lapso en que el consumo simbólico se expandió tanto por parte de la industria audiovisual como de la conectividad a redes y del nivel educacional de los jóvenes.

También conviene destacar la alta proporción de jóvenes ocupados en empleos de baja productividad y con bajos ingresos (véase nuevamente el gráfico III.11). Otra marcada correlación negativa existe entre el peso de los sectores de baja productividad y del nivel educativo de los jóvenes (véase el gráfico III.20). En efecto, la proporción de estos sectores en los niveles educativos más bajos triplica con creces la proporción correspondiente al nivel educativo más alto. Sin embargo, durante el período más reciente el peso de los sectores de baja productividad aumentó en mayor grado —en términos porcentuales— en los

grupos educativos altos, lo que indicaría que en el contexto de un bajo dinamismo de las economías de la región, y dado el incremento del nivel educativo de los jóvenes que entran al mercado de trabajo, un número creciente de estos jóvenes con buena educación no encuentra un empleo acorde con su formación.

Un último aspecto digno de subrayar en relación con el empleo juvenil es la baja estructuración entre las expectativas de los jóvenes con respecto al nivel de estudios realizados y los puestos en que se desenvuelven, según se observa en las encuestas nacionales de juventud. En ello puede verse una crítica directa al mercado de trabajo y a las instituciones educativas, especialmente de parte de aquellos jóvenes que han realizado inversiones más prolongadas en formación profesional y cuya sobreeducación es más alta (Cachón, 2000). Por este motivo, es relevante examinar el perfil del empleo que las encuestas de juventud identifican para los jóvenes latinoamericanos. Los datos que aportan las encuestas de Chile y México señalan que, si bien los jóvenes en general valoran positivamente sus ocupaciones, también se muestran críticos de las bajas remuneraciones que perciben, las inestables condiciones de trabajo y la situación contractual en que se desempeñan.

AMÉRICA LATINA (15 PAÍSES): JÓVENES DE 15 A 29 AÑOS DE EDAD EN EMPLEOS DE BAJA PRODUCTIVIDAD, SEGÚN NIVEL EDUCACIONAL, TOTAL NACIONAL, ALREDEDOR DEL 2002 a/
(En porcentajes)



Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países.

a/ Promedio simple.

Todo lo anterior amplía la brecha entre consumo simbólico y consumo material, o bien entre acceso a imágenes, información, íconos, música y mensajes, por una parte, y acceso a ingresos oportunos y continuos, por otra. Esto parece agudizarse más en el caso de las mujeres, si se considera que, a igual nivel de escolaridad, estas tienen mayores probabilidades de ocuparse en empleos de menor productividad. El gráfico anterior muestra que más de la mitad de los jóvenes ocupados se desempeñan en trabajos poco productivos y de bajos ingresos —pues se hallan bajo la media de logros educativos para la región—, en contraste con su acceso a bienes simbólicos. Y aun cuando los jóvenes con menos educación se ven más perjudicados, también hay que destacar que entre los años 1990 y 2002 se incrementó la incidencia de empleos de baja productividad, incluso entre los jóvenes con 13 años y más de estudios. Por consiguiente, la brecha entre consumo simbólico y consumo material también puede expandirse hacia los grupos de jóvenes de mayores ingresos.

Otro elemento que acentúa en los jóvenes el contraste entre consumo simbólico y consumo material es la brecha entre sus ingresos y los de los adultos, dado que los últimos reciben un “premio a la experiencia”. Lógicamente, la brecha se reduce con el aumento de la edad (y de la experiencia) de los jóvenes. Mientras los más jóvenes (15 a 19 años, con un ingreso cercano a 1,5 veces la línea de la pobreza) ganan en promedio un tercio de los ingresos medios de los adultos, los de 20 a 24 años ganan más de la mitad (2,6 veces la línea de la pobreza), y los jóvenes de 25 a 29 años más de las tres cuartas partes (3,5 veces la línea de la pobreza) de lo que ganan los adultos, quienes en promedio tienen un ingreso que corresponde a 4,6 veces la línea de la pobreza. Durante el período reciente, estas brechas se han mantenido sorprendentemente estables, con una muy ligera pérdida de los más jóvenes, y ganancias igualmente leves para los otros dos grupos de jóvenes.

Ante los datos recién expuestos podría contraargumentarse que de todas maneras hoy los jóvenes consumen más bienes y servicios que hace una década. Pero este ritmo de expansión es muy inferior a la expansión del consumo simbólico. A su vez, un mayor consumo simbólico genera más expectativas de consumo material cuyo efecto es una mayor frustración de expectativas, que convierte a los jóvenes en candidatos a la desazón o la disrupción. Ya la sociología clásica planteaba como situación problemática la asimetría entre las expectativas derivadas del acceso al imaginario moderno y las posibilidades efectivas de realizarlas. Más aún si se considera que la tendencia a la concentración de los ingresos se mantuvo durante los años noventa, lo que redundó en que también tiende a aumentar la diferencia en consumo material entre los jóvenes de hogares ricos y el resto de sus pares.

Las asimetrías entre la expansión del consumo simbólico y el consumo material rompen la imagen

consagrada del progreso y el desarrollo, según la cual se preveía una expansión sincrónica y armónica entre ambos. Bienestar material y acceso a códigos de modernidad, expansión educativa y opción a empleos más productivos, acceso a información y movilidad social, constituían las dos caras de una misma moneda en la cabeza de muchos jóvenes latinoamericanos. Esta ecuación se quebró, y la idea secular de que ambas caras formaban parte de un círculo virtuoso se ve debilitada por los datos recién presentados. Países como Brasil, Colombia, México y la República Bolivariana de Venezuela registraron un aumento exorbitante de su industria mediática, así como en cobertura y logros educacionales, y una evolución muy distinta en reducción de la pobreza urbana o mejoramiento de la calidad de vida de los pobres. Y sintomáticamente, la década de 1980 y los comienzos de los años noventa marcan un salto significativo en los niveles de violencia de las ciudades latinoamericanas, donde muchos jóvenes urbanos pobres son víctimas y protagonistas.

F. A MODO DE COROLARIO: ENTRE LA PRECOCIDAD Y LA POSTERGACIÓN

Los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación, tales como más años de escolaridad, un uso más familiarizado de la comunicación interactiva a distancia, y aptitudes que hoy gozan de mayor prestigio en la competencia laboral, como son la flexibilidad y capacidad de adaptación. Al mismo tiempo, ellos han interiorizado las expectativas de autonomía propias de la sociedad moderna y postmoderna, sobre todo mediante su acceso a la comunicación a distancia y la asimilación de los valores de sociedades más secularizadas. Estas expectativas son aún mayores que las de generaciones precedentes, que crecieron bajo patrones más tradicionales. Hoy los jóvenes cuestionan más precozmente la legitimidad de la autoridad parental, en parte debido a los contramodelos televisivos y en parte porque sienten que manejan más información y cuentan con más educación que muchos adultos.

Todo esto confluye en el “síndrome de autonomía moral precoz”, vale decir, que los jóvenes consideran que pueden decidir sobre el destino y orientación de sus comportamientos a edades más tempranas que las generaciones anteriores. En buena medida, la crisis de la autoridad parental y docente respecto de los adolescentes se relaciona con este fenómeno.

Sin embargo, a este síndrome se opone el “síndrome de la autonomía material postergada”, según el cual los jóvenes constituyen hogares propios más tardíamente. Los datos apuntan a un fenómeno de

prolongación de su permanencia en la familia de origen, relacionado con mayores dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral, y con la demanda de mayor formación impuesta por una fuerte competitividad en el empleo. Esto tiende a retrasar la edad en que los jóvenes se independizan tanto económica como habitacionalmente respecto de sus padres. Esto genera tensión entre la mayor expectativa de autonomía, propia de la actual fase de modernidad, y menores opciones para materializarla en términos de recursos y de espacios, o al menos del tiempo requerido para obtener un empleo que permita dicha autonomía.

Se produce, entonces, una asincronía novedosa entre una precoz expectativa de autonomía moral y una larga postergación de la autonomía material. Muy tempranamente los jóvenes cuestionan la legitimidad de la autoridad parental y esperan ordenar sus vidas conforme a sus propias decisiones, y por consiguiente, durante un período muy largo permanecen asumiendo una libertad moral de adultos, pero perpetuando la heteronomía material de los niños. Se rompe así la imagen de autonomía moral

y material como dos caras de una misma moneda, o bien dos conquistas complementarias y simultáneas en el tiempo. Esta ruptura marca de modo incierto pero profundo la vida en los hogares. Individuación temprana con inserción tardía hacen que durante un largo período juvenil se prolongue esta disociación entre lo moral y lo material, entre lo afectivo y lo productivo. Padres confundidos con hijos enigmáticos forman parte de la relación cotidiana en las familias.